

TDL/138

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE
D. PABLO AVECILLA.

334

EL MONARCA CENOBITA.



PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios,
calle de Carretas.



D. José Cuesta, calle
Carretas 9.

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. ANTON, 26.

1839.

CÁTALOGO de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duca.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Mascara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.

Sancho Ortiz de las Roclas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo*.
El Trovador, *refundido*.
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Últimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldafia.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la corte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.

La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huéspedes.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peinero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficial'ito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

734150 000 001

704/138

EL MONARCA CENOBITA.

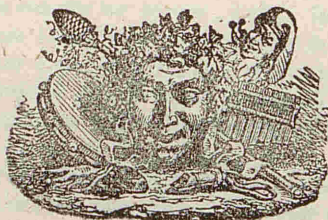
DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

LOS PALANQUES

ORIGINAL DE

D. JUAN MIGUEL DE LOSADA.

Representado por primera vez el 15 de Setiembre de 1860 en el TEATRO
DEL PRÍNCIPE, para inaugurar la temporada cómica.



N.º 33/4.



MADRID.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ.

S. Vicente alta, 52.

1860.

R. 83.699

INNOVATION CLOSURE

DATE: FEB 1 1980

D. JUAN MIGUEL DE LOSADA

1980 FEB 1 1980



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

1980 FEB 1 1980

DOS PALABRAS.

No atribuyo el éxito satisfactorio de esta obra á su mérito dramático, sea el que fuere, sino al decidido empeño del primer actor don Pedro Delgado, que, con un afán que le honra, la estudió y ensayó con la mayor eficacia. Agradezco mucho el grande interés con que los actores, todos, interpretaron mis ideas. La señora Lamadrid aceptó el papel de la dama, porque quiso contribuir á que mi producción tuviera la más favorable acogida. No podía el público esperar ménos del deseo de agradarle que anima á su actriz favorita, que tiene tanto talento como amor al arte.

He tratado de pintar al Emperador tal como él fué en Yuste. El drama tiene una idea política y social: «probar que el catolicismo conduce al mejor gobierno, y por consiguiente, al progreso.»— Es así que la Reforma luterana ataca y destruye el principio de autoridad por medio del libre exámen, luego lleva al desórden, al ateismo; luego no puede dar á los hombres ni la ventura en la tierra, ni la inmortalidad en el cielo. Algunas personas creyeron que, habiendo sido yo director de un periódico monárquico, este drama seria un fárrago de lisonjas á los reyes: ¿por qué? siempre les he dicho la verdad en mis escritos. En cuanto al drama, pronto se desengañaron los que tal pensaban. La figura del Marqués de Toledo, es, á mi juicio, el tipo del caballero español de nuestros buenos tiempos. Digo de mí, lo que Bálmes de sí: «Soy monárquico de cabeza, pero demó-

crata de corazon.» Quiero la dicha del pueblo, y no pretendo envilecerlo obligándole á ser servil: para él escribo y me lisonjean sus aplausos. Pinto los monarcas como deben ser, aunque no pretendo darles lecciones; saben mucho: las pruebas las tiene la Europa hace trescientos años...

Espero los juicios de la crítica desapasionada, para ilustrarme con los buenos consejos. Ni me envanecerán los aplausos, ni me arredrarán los ataques por injustos y apasionados que sean. Amamantado con el catolicismo, tengo muy fuertes convicciones para no tener firmeza de carácter. Muy jóven aún, he sufrido muchos desengaños; he sido víctima de las más negras ingratitudes, ya de amigos pérfidos, ya de personas que por su rango no debían faltar á su palabra. Así, pues, conozco las miserias del corazon humano, y sé perdonar. Si algunos rasgos de este drama son pinceladas muy vivas de los desencantos del mundo, es porque el poeta de corazon canta como siente.

A. L.

EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL

MARQUÉS DE LA PEZUELA,

INDIVIDUO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Mi respetable amigo: Dedico á V. este modesto drama, porque, además de las dotes que adornan á V. como cumplido caballero, tiene V. á mis ojos y á los de mi pátria, Cuba, el envidiable mérito de haber gobernado con talento aquella importantísima isla, no saliendo de ella ni rico, ni odiado, ni con el remordimiento de haber hecho derramar una lágrima.

La dedicatoria es, pues, una prenda de estimación y afecto.

Soy siempre de V. atento amigo y servidor q. s. m. b.

J. MIGUEL DE LOSADA.

Madrid 18 de Setiembre de 1860.

ACTORES

Esta obra es propiedad de DON PABLO AVECILLA, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 3 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

PERSONAGES.

ACTORES.

ESTRELLA.	DOÑA TEODORA LAMADRID.
EL EMPERADOR CÁRLOS V.	D. PEDRO DELGADO.
EL MARQUÉS DE TOLEDO.	D. JUAN CASAÑER.
DON JUAN.	D. MANUEL PASTRANA.
DON LUIS QUIJADA.	D. MANUEL MENDEZ.
UN RELIGIOSO DE LA ÓRDEN DE SAN GERÓNIMO.	D. ISIDRO MELGAREJO.
NICOLÁS.	D. JOSÉ ALISEDO.
UN ALCALDE.	D. JOSÉ BULLON.
UN CRIADO.	D. MANUEL VERA.

Religiosos de San Gerónimo.—Damas.—Criados.

La escena pasa en el monasterio de Yuste, Agosto de 1557.

NOTA. Se advierte que el Emperador nunca se vistió de monje: en el convento usó siempre trage negro.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el claustro bajo de un convento; este claustro es cuadrado. La galería donde pasa el drama es la que está en primer término. Cierran los arcos vidrieras que estarán abiertas. En el centro, fuera de esta galería, hay un pequeño jardín, con su fuente de juegos de agua, árboles, flores, tiestos, etc. Por entre los árboles se divisá la galería del fondo, pues las de los lados se suponen cerradas; la de la derecha dá al templo del monasterio; y la de la izquierda figura ser la parte baja de las habitaciones que ocupó en Yuste el Emperador Carlos Quinto. El drama se desarrolla en tres horas. Cuando el monarca entra en la escena, se supone que viene de su cotidiano paseo de la tarde. Siempre que se habla de derecha ó izquierda, entiéndase del espectador.

ESCENA PRIMERA.

Mesa con recado de escribir, algunos libros, objetos de historia natural, como insectos bajo copas de cristal, pájaros disecados, etc. Aparece Nicolás limpiando el polvo de la mesa; luego se sienta en el sitial, que estará al lado de dicha mesa. Levántase, como mudando de parecer, y registrando algunos libros, dice, tomando uno, hojeándole y rellanándose en el sitial.

NICOLÁS.

Nicolás. ¡Qué talento tan profundo!

(Pone el libro sobre la mesa, y vuelve á tomarlo y dice:)

Soy curioso, no resisto.

(Leyendo.)

«De la imitación de Cristo,
y menosprecio del mundo.»

«Dijo uno: cuantas veces estuve entre los hombres,
»volví ménos hombre, lo cual experimentamos cada
»día cuando hablamos mucho. Más fácil cosa es ca-
»llar siempre, que hablar sin errar...»

(Deteniéndose como quien medita; sigue leyendo.)

«Ninguno manda con razon, sino el que aprendió á
obedecer sin replicar...»

(Breve pausa: representa.)

De seguro que el autor

no habla aquí con Cárlos Quinto,

que ni aun en este recinto

reconoce superior.

Él, que jugó á la pelota

con naciones y con reyes,

él no obedece más leyes

que á las leyes de su gota.

(Leyendo con intención.)

«No hay vicio que no tenga su propio tormento: allí
»los soberbios estarán llenos de confusion, y los ava-
»rientos...»

(Representa.)

Pues dice el librito más
de lo que debe decir.

¡Si yo supiera escribir!...

¡Voto á cribas!...

ESCENA II.

NICOLÁS.—DON JUAN *por el fondo.*

D. JUAN. (Con gozo juvenil.) ¡Nicolás!

NICOLÁS. ¡Señor don Juan!

D. JUAN. (Haciendo lo que dice.) Te consagro
un abrazo.

NICOLÁS. ¡Qué alegría!

y yo un millon te daría...

Pero dime, ¿qué milagro
te trae por aquí?

D. JUAN. (Con desembarazo.) Mi amor.

NICOLÁS. Pues me gusta la franqueza.

Pero ¡Cómo! ¡buena pieza!... (Con cariño.)
¿esa banda?... (Señalando á la que lleva.)

D. JUAN. (Satisfecho.) Mi valor.

NICOLÁS. ¡A tu valor la has debido! (Le abraza.)

¡Tú, Capitan! hombre, mira...

D. JUAN. ¿A quién valor no le inspira
un corazón decidido?

Yo me propuse vencer
los rigores de mi suerte,
y me dije: «Ó gloria ó muerte,
porque querer es poder.

(Cambiando de tono y con fuego.)

Sabrás, en fin, en su día
cuanto quieras. La campaña
abandono, vuelvo á España,
y llego á Villagarcía.

Mas no quiere Dios que guste
del resplandor de una estrella... (Con intencion.)

tú sabes, pregunto:—«¿Y ella?»

—«En Yuste está.»—Pues á Yuste.

NICOLÁS. Sí, ya compréndo, aquí estás.

D. JUAN. Pero, por tu vida, dime,
porque la duda me oprime,
¿en dónde está, Nicolás?

NICOLÁS. Vamos por partes: aquí
hay novedades.

D. JUAN. ¿Qué dices?

NICOLÁS. Que, mira, no te deslices...

D. JUAN. Deja las burlas.

NICOLÁS. (Con socarronería.) ¿Sí?

D. JUAN. (Impaciente.) Dí...

NICOLÁS. Si vienes, cual de costumbre,
soberbio y violento...

D. JUAN. (Reprimiéndose.) No,
dime lo que haya.

NICOLÁS. (Con cachaza.)

Bien.

D. JUAN.

¡Oh!

me mata la incertidumbre.

NICOLÁS. (Con calma y como quien narra un cuento.)

Cansado ya del imperio

abdicó el Emperador,

y con heroico valor

se vino á este monasterio.

Aquí está su habitacion, (hacia la izquierda.)

de aquel lado el templo está, (señalando á la derecha.)

y ese claústro, paso dá (el del fondo.)

del convento al panteon.

Tu padre, don Luis Quijada,

que es su amigo, secretario,

y, en suma, depositario

de sus secretos, traslada

su estancia aquí con su esposa;

le asisten ambos á dos,

y á todos asiste Dios...

D. JUAN. ¿Pero Estrella?...

NICOLÁS.

Luminosa

como siempre.

D. JUAN. (Con extrañeza.) ¿Vive aquí?

NICOLÁS. En este convento: quiso

don Carlos, y fué preciso

en dos dividirlo.

D. JUAN. (Con duda.)

¿Sí?

NICOLÁS. Se dividió de manera

que tiene su magestad,

hacia el norte la mitad...

en invierno una nevera;

un horno en verano.—Por

aquel corredor se vá (el del fondo.)

al cementerio.

D. JUAN.

¿Sí?

NICOLÁS.

Dá

con otro gran corredor

que mira de frente al áustro;

y por una puerta chica,

la iglesia se comunica
con ese espacioso claústro:
pero, cerrada la puerta,
esto queda independiente. (Extrañeza en don Juan.)
¡Si vive aquí mucha gente!
¿Te piensas que está desierta
la imperial habitacion?
Nada de eso: vive Estrella
con la esposa casta y bella
de don Luis. En conclusion,
desde este recinto abarca
don Carlos el mundo entero,
y es hoy aquí, siendo austero,
como en la corte monarca.

D. JUAN. Mas Estrella, ¿dónde está? (Impaciente.)

NICOLÁS. Ya te lo dirán despues.

Se casa con un Marqués... (Con misterio.)

D. JUAN. ¡Qué dices! ¡Dí! (Asombrado.)

NICOLÁS. (Friamente.) Digo, ¡bah!

que ya el Marqués ha venido,
que es un noble caballero...

D. JUAN. ¡Ira de Dios!

NICOLÁS.

Considero

que el mosquetazo te ha herido.

Mas la ocasion es muy bella,

y sabrás á qué atenerte,

si el amor de Estrella es fuerte

como tu pasion por ella.

D. JUAN. ¿Qué hay aqui?... (Asombrado de duda.)

NICOLÁS. (Maliciosamente.) Como en la corte,

chismes; mucho chisme.

D. JUAN. (Abatido.)

NICOLÁS. Para que temples tu duelo

tengo, don Juan, un resorte.

D. JUAN. ¿Dónde está mi padre?

NICOLÁS.

Está

muy cerca, vendrá al momento,

esta tarde, y un aumento

de cortesanos habrá.

Viene el primado español,

y viene aquí tanta gente...

(Don Juan hace como que se vá.)

Espera, don Juan, detente:

antes que trasmonte el sol;

has de verla; te prometo

servirte bien.

D. JUAN. (Conmovido.) ¡Nicolás!

NICOLÁS. Calla, oigo ruido, no más...

yo te pondré en el secreto.

(Quiere don Juan replicar, Nicolás lo saca violentamente de la escena llevandoselo por el foro, izquierda, á tiempo que el Emperador y el Marqués salen de entre los arbolillos del jardín, donde el segundo se detiene á cojer de una mata una crisálida de mariposa.)

ESCENA III.

EL EMPERADOR.—EL MARQUÉS.

EMPER. Y bien, ¿dudais? (Como anudando una conversacion interrumpida.)

MARQ.

No penetro,

aunque lo quiero apurar,

cómo podeis olvidar

que fuisteis dueño de un cetro.

EMPER.

Las grandezas de la tierra,

aun las de más rico brillo,

no valen el gusanillo

que aquesta membrana encierra.

Labró, por ignota ley,

el hilo que, fabricado,

será después transformado

en manto augusto de un rey.

¡Y el monarca soberano

será, tal vez, muy temido,

cuando para andar vestido

le dió la tela un gusano!

Mirad un símil perfecto

de nuestra vida mortal:

sirve de urna sepulcral.

frágil telilla á este insecto: quizás la quiebre mañana, y ya, suelta mariposa, matizadas de oro y rosa las alas ostente ufana. Libre y feliz entre flores, con su brillante existencia de la sábia omnipotencia publicará los favores.

Así el alma va del cielo hasta el divino pensil, dejando este cuerpo vil entre la escoria del suelo.

(Pausa.)

Ah, Marqués; el alma quiere romper sus prisiones, y elevarse á las regiones donde brilla eterno el día; mas, ¡ay! que un áspid sangriento se enrosca en mi corazon, y á cada palpitacion me punza un remordimiento.

MARQ. Señor, vuestra mente lleva su inquietud, hasta el delirio.

EMPER. Sí, Marqués, este martirio de mi conciencia, es la prueba.

Yo miré que el paganismo asaltó nuestros hogares, y levantó sus altares

frente al Dios del cristianismo; yo vi brotar la heregía, desarrollarse, crecer...

¡juzgaba que mi poder, dique, á mi antojo, sería!

no comprendí que la copa de la ira de Dios colmada, tiene á la Europa incendiada, derramándose en la Europa.

La planta dará su fruto, (Con amargura.)

pues donde César impera,
cuando precise que muera
no habrá de faltar un Bruto.
Y, pues que pude, ¡en mal día
no ahogué en sangre el semillero
con la sangre de Lutero!
aun á costa de la mia!

MARQ. No abrirá la noble España
sus puertas á tal error.

EMPER. Que en esta mies del Señor
no nazca tan vil cizaña!

MARQ. No, no penseis que la tea...

EMPER. Sí, sí, Marqués, se propaga,
porque el cañon nunca apaga
el resplandor de una idea;

y si esa en su incendio horrible
llega, cual pienso, á cundir,
á su hoguera han de servir
los tronos de combustible.

MARQ. La política dejemos;
es, señor, enfermedad

que mata la caridad;
de nuevas cosas tratemos.

Lejos de mí la ilusion
de una grandeza mentida;

yo vivo la hermosa vida...
la vida del corazón.

Harto sé que para Estrella
acaso muy poco valgo,

y bien pretendo hacer algo
que me acredite con ella;

mas, en vano la rendí...
¡Qué! ¿tus votos desoyó?

EMPER. Nunca me ha dicho que «no»
pero tampoco que «sí.»

MARQ. ¡Y tú pensarás que ingrata
en desdénarte se empeña?

EMPER. Sospecho que...
Ni lo sueña.

- MARQ. Señor, el desden me mata.
- EMPER. No temas, será tu esposa.
- MARQ. Tal vez...
- EMPER. ¿Lo podrás dudar?
- ¿Y qué no logra alcanzar
con cierta astucia ingeniosa...
- MARQ. Señor, me robais la calma
del corazon... (Señal de sorpresa en el Emperador.)
os lo juro.
- EMPER. ¿Qué?
- MARQ. No hay amor, siendo puro,
sin martirios en el alma.
El matrimonio cristiano
es tan santa institucion,
que han de darse el corazon
los que se entregan la mano.
- EMPER. Y bien...
- MARQ. Que yo conquistar
con esa astucia no quiero...
- EMPER. Eres hombre muy severo. (Interrumpiéndole.)
- MARQ. Así no me he de casar.
Cándida, pura, inocente,
santa, la quiere mi amor,
con las rosas del pudor
ornada la casta frente.
Si para alcanzar á Estrella
es preciso el fingimiento,
repito sin sentimiento
que yo renuncio á la bella.
- EMPER. ¿La desprecias! (Admirado.)
- MARQ. Eso no:
no quiero verla fingir,
pues quiero siempre decir:
«mi mujer es otro yo.»
- EMPER. ¿Pides un ángel!
- MARQ. Sí tal:
pido una mujer cristiana.
- EMPER. Pues bien, os daré mañana (Conmovido.)
mi bendicion paternal.

MARQ. ¡Mañana! (Con efusión.)

EMPER. (Conmóvido.) No cabe duda.

MARQ. ¿Contais acaso con ella...

EMPER. No ha de quedar por Estrella.

¿Qué razon hay que le acuda

para desairar así

á un caballero, que brilla

en la corte de Castilla

como brillas? ¡Pesia á mí!

MARQ. Me haceis muy feliz.

EMPER. (Con pesar.) La suerte

se ha conjurado en mi daño...

MARQ. ¡Monarca!...

EMPER. No, no me engaño;

está ya cerca mi muerte.

En vano mi dura fibra

quiere vencer la tormenta;

tremendo huracan revienta,

y mi nave no se libra

de dar en el arrecife

que cerca la mar del mundo,

y en su piélago iracundo

se está rompiendo mi esquite.

MARQ. Las ideas desechad...

EMPER. No me atormentan, Marqués:

si yo sé que el mundo es

un paso á la eternidad.

De viaje en su seno estamos,

y cuando el hora es llegada,

hay que emprender la jornada

queramos ó no queramos. (Pausa.)

A darte pruebas empiezo

de mi ardiente estimación.

(Se quita un anillo que dá al Marqués, quien pretende rehusar, pero cede á las instancias del monarca.)

MARQ. ¡Diamante! (Fijándose en la observacion del anillo.)

EMPER. (Con majestad.) Mis armas son,

que grabó Jacometrezo!

MARQ. ¡Magnífica joya!

EMPER. Sí,
no hay en Europa otra igual;
tiene mi sello real.

MARQ. Mi gratitud...

EMPER. (Solemnemente.) Si de mí
exigir quieres un día
lo más difícil...

MARQ. (Reverentemente.) Señor...

EMPER. Juro, á fé de Emperador,
que, en premio de tu hidalguía,
lo que me pida tendrá
quien ese anillo presente.

MARQ. Atended... (Como rabiando.)

EMPER. Eres irudente,
muy prudente... Basta ya. (Pausa.)
¡Al mas humilde villano
alzar tan alto pudiera,
que en grandeza compitiera
con el mismo soberano!
Mas tu talento...

MARQ. (Con modestia.) Es que vos...

EMPER. No puede darlo una ley;
para tanto es poco un rey...
se necesita ser Dios.

(Como que se habrá sentado á media escena, pugna por levantarse
cuando dice estos últimos versos, y faltán'le agilidad, añade.)

Vamos á dentro. Estos males...
esta gota es homicida.

MARQ. ¿Con que los monjes, en vida
cs hacen los funerales?

EMPER. (Andando lentamente para dejar la escena.)
¿Eso dicen? No, no es cierto.
Al vulgo place lo raro,
y ¡miente con tal descaro!...
Es verdad que un monje ha muerto
y hoy se le entierra...
(Deteniéndose meditabundo y como variando de idea.)

Mañana...

¡qué dirán de mi memoria!



Contarán... Diga la historia
lo que le diere la gana. (Como con enfado.)

ESCENA IV.

ESTRELLA.

(Saliendo del jardín.)

Leves auras regaladas
de la tarde silenciosa,
en ambar de lirio y rosa
mágicamente empapadas:
vosotras, que vais aladas
por la cóncava region,
habladle de mi pasión
al bien ausente que adoro,
y contadle cómo lloro
traspasado el corazón.

ESCENA V.

ESTRELLA.—EL MARQUÉS.

MARQ. Salud, señora. (Reverentemente.)

ESTREL. (Saludando.) Marqués...

MARQ. (¡Siempre mústia!) Me provoca
á grave dolor, miraros
como triste ó pesarosa.
Dejad que el semblante bello
ostente sus gracias todas,
y vuestra risa de arcángel
vuelva al clavel de esa boca.

ESTREL. Caballero... (Ruborizada.)

MARQ. No tomeis
mis palabras por lisonjas.

ESTREL. Atendedme. Tan galante
como discreto...

MARQ. (Con modestia.) Señora...

ESTREL. A molestarme, tuviera

el alma de fuerte roca.

MARQ. ¡Estrella! Me dais la vida
con esas frases, que brotan
empapadas en el ámbar
del suspiro de las rosas.

ESTREL. He sido justa; conozco
que vuestra pasión es honda,
y que está mal empleada.

MARQ. ¡Esta pasión es mi gloria!

ESTREL. ¡Ah! Marqués, vuestro entusiasmo
en tan alto me coloca...

MARQ. No aparte volvais el rostro
dó los colores asoman
del pudor con que el semblante
se ennoblece y se arrebola.

ESTREL. Permitidme que me explique.
Vuestros cuidados redoblan
conmigo, de tal manera,
que no debo silenciosa
permanecer, aumentando
las ilusiones que os colman.
Sois honrado y caballero;
teneis un alma...

MARQ. (Con suma modestia.) Ved...

ESTREL. (Con melancolía.) Pocas
como la vuestra, conquistan
la ventura que ambicionan.
Pusísteis en mí los ojos;
yo sé cuánto son hermosas
las flores de la esperanza
que nunca, nunca se agostan!
Lo comprendo porque yo,
entre secretas congojas,
adoro á un amante ausente
que con delirio me adora.—
Crecimos juntos los dos,
y nuestra llama amorosa
creciendo fué con nosotros
día á día, y hora á hora.

En pos de mejor fortuna
 surcó de la mar las olas,
 y dos años van corridos
 que solo mi voz le nombra.
 «Adios, Estrella, me dijo;
 «de nuestro amor en memoria,
 «tu vestido y tu cintura
 «con este cordon adorna:
 (Aludiendo á un largo cordon que lleva.)
 «como el azul de los cielos
 «son los hilos que lo forman;
 «tan puro como ese azul (Del firmamento.
 «será mi pasion. » (Rompe en llanto.)

MARQ.

(Conmóvido.) ¡Le adora!

ESTREL.

« Si en vez de nombre y ventura
 «hallo la muerte traidora,
 «rompe el cordon, de esta prenda
 «sin tardanza te despoja »...
 (Rompe en llanto, no pueda continuar. Pausa.)

Comprendo lo que sufrís,
 por el dolor que me agovia.
 Si puedo haceros dichoso...

MARQ.

(Melancólicamente.) Aunque mi existencia sea
 la serpiente que escondida
 llevo en el pecho, no importa;
 sufriré como he sufrido;
 que mis entrañas se coma;
 que con afan, con angustia,
 persiga siempre á una sombra
 que más y más se me aleje
 cuando mis manos la tocan;
 padeceré resignado;
 y acaso, Estrella, vos sola
 comprendereis la desdicha
 del infeliz que os adora. (Pausa.)
 Quedad con Dios.

ESTREL.

(Deteniéndole.) Un momento.
 Os es mi orfandad notoria,
 y sabeis que como á padre

obedezco al que me honra
con vuestra mano...

MARQ. Lo sé.

ESTREL. ¡Ah! si airado me abandona...

MARQ. (Quiere partir.) ¡Estrella!

ESTREL. Atended.

(Como tomando una resolucion apremiada por las circunstancias.)

Quizás

del mar en las fieras ondas

halló don Juan sepultura;

quizás me olvida y no torna,

ó quizás ingrato amante

esclavo á las plantas de otra...

(Arrepintiéndose, rápidamente.)

Pero ¡Cielos! ¡imposible!

(Con delirante pasion.)

¿Mi mismo amor no le abona?

(Quédase abstraída; el Marqués la observó con suma atencion: Estrella dice despues de unos momentos:)

Lo manda quien debe...

MARQ. (Como ofendido.) Estrella,

la pasion que me devora,

si víctimas necesita,

¡yá está aquí la que se inmola!

ESTREL. (Con suma angustia.) ¿No sois noble, generoso?...

Pues en el mal que me acosa,

de un alma como la vuestra

espero el bien; si retoña (infantilmente.)

mi triste amor; si mi lábio

pronunciar el nombre osa

del ser que amé, caballero,

daré tormento á mi boca,

y pura, sí, siempre pura,

sabré ser honrada esposa.

Ignore siempre el monarca... (Con abatimiento.)

MARQ. La palabra queda rota...

ESTREL. ¿Me entregareis á su saña? (Interrumpiéndole con susto.)

MARQ. Diré que todo me enoja,

que voy á Italia, ó á Flandes,

diré que salgo de Europa, hasta diré que no os amo, yo diré cualquiera cosa...

ESTREL. ¡Marqués! ¡Marqués! (Con júbilo.)

MARQ. (Va á partir.) Os lo juro.

ESTREL. Algunas palabras, pocas. (Recapacitando.)

¿Dudais que en el mundo existe la virtud? (Señal de asombro en el Marqués.)

Dudais que arrostran las almas privilegiadas de las pasiones las olas, y que vencen muchas veces porque el Señor las conforta?

MARQ. No lo dudo, mas decidme...

ESTREL. Mi madre al morir me exhorta á obedecer al monarca...

MARQ. Lo sé. Continúa...

ESTREL. (Llorando.) Destroza mi corazón su recuerdo! (Pausa.)

MARQ. Esas lágrimas preciosas yo las arranco, y me queman cual de plomo ardientes gotas.

ESTREL. Yo la juré respetar como á padre, á la persona que os brinda mi mano; entonces me estrecha, con voz llorosa me bendice, me recuerda mis deberes, le abandonan las fuerzas, me abraza y muere... (Pausa.)

Su misma voz vibra ahora en mi corazón.—«Respetar como á padre al que te toma bajo su amparo... ¡hija mía! «sufre mucho y calla y ora. «Tu sumision, tu obediencia, «tus oraciones, tus obras, «siendo buena, premiará «AQUEL de misericordias eterna fuente, y por tí,

«Et, que á los malos perdona,
 «podrá rescatar el alma
 «de tu madre pecadora...» (Pausa.)
 ¡Fué Bárbara de Blomberg!

MARQ. Lo sé, bien lo sé... (Melancólicamente.)

ESTREL. Me asombró
 su despedida, que nunca
 se aparta de mi memoria,
 y en este instante me inspira
 mi resolución heróica.
 Sé que el mundo cuando vea
 que os doy mi mano, gozosa
 me juzgará; sé que injustas
 me calumniarán mil bocas;
 sé que atento hasta á la vida
 del dulce bien que me adora;
 sé que vos mismo, señor,
 os asombrareis... no importa.
 ¿Su magestad lo dispone?
 arrostraré valerosa
 la maledicencia, y fuerte,
 aunque sienta que me ahogan
 los dulces recuerdos míos
 que en este instante me acosan,
 mi espíritu indomeñable
 se alzaré sobre la escoria
 de las miserias del mundo,
 y acrisolado y con honra
 subirá triunfante al cielo
 y con mi madre á la gloria!

MARQ. Escuchadme, os lo suplico...
 (Quitase el cordon y se lo dá al Marqués; este duda un momento; la
 resuelta actitud de la jóven le impone; quiere hablar, pero Estrella le
 dice con magestad y saliendo del teatro con la augusta serenidad de
 quien domina la situación en que se encuentra.)

ESTREL. Tomad. Con lo dicho sobra.
 (Sale.)

ESCENA VI.

EL MARQUÉS.

Dudando estoy lo que pasa
 en este instante por mí.
 Aunque ella en amor se abrasa
 por otro, ¡ay Dios! me traspasa
 el fuego que siento aquí. (En el corazón.)
 Mas, ¡cielos! ¿la prenda bella
 que abrazaba su cintura
 tengo conmigo, y con ella
 un signo fiel de que Estrella
 es mía, mía? Fulgura (Apasionadamente.)
 con tu esplendor peregrino,
 astro esplendente, divino,
 manantial de mis amores,
 y cubre mi erial camino
 de blancas y puras flores.

(Antes de concluir estos versos entra don Juan.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS.—DON JUAN.

D. JUAN. Abrojos pisais.

MARQ. ¡Quién vá! (Volviéndose rápidamente.)

D. JUAN. Quien quiere saber de vos

si es que podemos los dos
 estar aquí juntos.

MARQ. (Con calma.)

Ya

viéndolo estais, caballero,

pues, con toda esa arrogancia,

dejais entre dos distancia

para que ocupe un tercero.

D. JUAN. Metafísico y burlon

el hidalgo ha respondido.

¿Caballero, habeis querido (Con brio.)

tergiversar la cuestion?

Yo, dando á mi audacia vuelos,
aquí sigiloso entré.

¿Sabeis la causa?

MARQ. (Con indiferencia.) No sé.
Decid.

D. JUAN. Porque tengo celos.

MARQ. Mal fisonomista soy:
pero, jóven, se me alcanza
que teneis harta confianza
en vos mismo.

D. JUAN. En eso estoy.

MARQ. Pues si lo juzgais así,
¿con qué derecho, decidme,
interpelais?..

D. JUAN. Permitidme
la propia pregunta á mí. (Pausa.)
Adoro á la hermosa Estrella
con tan ciega idolatria,
que hasta el hielo incendiaria
de mi amor una centella.
En mi entusiasmo inmortal,
fué de mi gloria la palma,
y alma gemela de mi alma
mi amor es al suyo igual.
Cuando sé que pretendeis,
codiciando el bien que adoro,
privarme de mi tesoro,
¿qué debo hacer?

MARQ. Ya lo veis;
idéntica es mi razon,
y excuso mi amor pintaros,
porque acabais de expresaros
con mi mismo corazon.
Juzgad por vos si á otros lazos
unirla verá tranquilo,
sin que ántes no rompa el hilo
que ha de atarla, en mil pedazos.

D. JUAN. ¡Qué habeis dicho! (Colérico.)

MARQ.

Juez sois vos.

D. JUAN. Dirinamos la querella,
y salve su buena estrella
al que mejor quiera Dios.

MARQ.

Tened más calma...

(El Marqués ha ido acercándose á don Juan hasta que éste, viéndole el
cordon que le dió Estrella, le dice exasperado:)

D. JUAN.

¡Qué miro!

¡Qué! ¿me engaña mi razon?

¿Es ese, acaso, el cordon...

vais á exhalar el suspiro,

el suspiro postrimero...

MARQ.

En la punta de mi estoque,

¿pensais que el honor coloque?

D. JUAN.

Alzad, si sois caballero.

(Le arroja un guante, el Marqués se exaspera, pero se reprime y le
dice:)

MARQ.

Jóven, mirad... (Aludiendo al sitio en donde están.)

D. JUAN.

No hay razon

que pueda templar mi furia.

MARQ.

Castigaré vuestra injuria (Con brío.)

D. JUAN.

Os romperé el corazon.

¡Alzad!

MARQ.

(Resuelto.) Ya basta.

(Al ir á levantar el guante, se encuentra frente al Emperador. Este se
ostenta en toda su magestad, con lo que impone al Marqués.)

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS.—DON JUAN.—EL EMPERADOR.

EMPER.

(Con tono de reconvencion.) ¡Marqués!

D. JUAN.

Vuelvo á retarle. (Con energía.)

EMPER.

¡Altanero!

debes ponerte primero
de rodillas á mis pies.

D. JUAN.

Si el mismo rey lo mandara
contra razon, de la mia
ante el pueblo apelaria

y al mismo rey no acatará;
que pues el rey necesita
del pueblo, para reinar,
quien puede coronas dar
cuando conviene las quita.

EMPER. ¡Vive Dios! rapaz imberbe,
que, tal discurso escuchando,
de coraje palpitando
la sangre en mis venas hierte.
Yo templaré tu despecho
haciéndote comprender,
que á la razon del deber
sometido está el derecho:
y tu doctrina pagana
destruiré con la doctrina
de la autoridad divina
que de Dios eterno emana.

MARQ. La exaltacion moderada
que fieramente os irrita...

EMPER. No, jamás : quien debilita
del poder la autoridad
siendo cual yo, franca brecha
á la rebelion ofrece,
y si en ella no perece
vé su corona deshecha.
Dejadme. (Insinuándole que salga del teatro.)

MARQ. Su desvario
merece vuestro perdon,
pues juzgo su corazón
por lo que pasa en el mio.
(Saluda á una señal de disgusto del Emperador, y váse.)

ESCENA IX.

DON JUAN.--EL EMPERADOR.

D. JUAN. ¡Ah! señor, por un momento
prestadme vuestro favor;
si sois el Emperador,

admitid mi rendimiento:
y si he podido obcecado
hacer de soberbia alarde,
perdonad, que nunca es tarde
para absolver á un culpado. (Pausa.)

EMPER. Vé con Dios. (Con bondad; va á partir.)

D. JUAN. Señor...

EMPER. Escucho: (Deteniéndose.)

te perdono arrepentido;
mas lo pasado no olvido
que fuera exigirme mucho.
A la virtud con el vicio
confundiera, y ¡por mi vida!
que quien el crimen olvida
se olvida del beneficio.
Parte, pues.

D. JUAN. Vuestro semblante

no revela un alma estóica.
Si la teneis tan heróica
como lo dice radiante
esa límpida mirada
que mil conceptos encierra,
comprendereis que en la tierra
para mí no hay bello nada
sin el amor sin segundo
de mi Estrella celestial,
que con ventura inmortal
me está brindando en el mundo.

EMPER. Esas frases peregrinas

de tu juvenil ardor,
de la codiciada flor
no dejan ver las espinas.
Cuando la cándida rosa,
que ora juzgas delicada,
pálida, triste y tronchada
se agoste; cuando en la hermosa
que hoy un ángel te parece,
encuentres... una mortal
sin el encanto ideal

con que tu amor la embellece,
amarga hallarás...

D. JUAN. (Suspirando.) ¡Ay Dios!

EMPER. La vida sin ilusiones,
y fieras imprecaciones
habreis de lanzar los dos
contra aquel que uniéndoos quiso,
juzgando ese amor eterno,
daros, en vez de un infierno,
las glorias del paraíso.
¡Y dejaré que mi Estrella!...

D. JUAN. Atended.

EMPER. No, no, jamás.

D. JUAN. ¡Ah! Señor...

EMPER. La perderás
y te perderás con ella.

(Preséntase Estrella. D. Juan le sale al encuentro; al tomarla de la mano, Estrella lo reconoce, se sorprende y vá rápidamente, ruborizada, como á refugiarse á los piés del monarca, haciendo una exclamacion de temor y de asombro á la presencia de su amante.)

ESCENA X.

DON JUAN.--EL EMPERADOR.--ESTRELLA.

ESTREL. ¡Ah!!! Señor...

D. JUAN. ¡Mi bien!

EMPER. (Con bondad.) Levanta...

D. JUAN. (Con vehemencia, que le conquista la simpatía del Emperador.)

¡Oh! libre dejadla hablar,
que vuestro ceño la espanta
y echa un lazo á su garganta
que la impide contestar.

¿Es verdad, hermosa mía,
que nuestras almas un día
eterno amor se juraron,
y que entrambas se enlazaron
en perdurable armonía?
Respóndeme un solo instante.

¡Ah! vedla, vedla, señor;
 hable esa frente radiante
 y ese bañado semblante
 en el carmin del rubor.

EMPER. (Con calma, con dulzura, pero con intención.)

Tu bien futuro depende
 de tu respuesta; ella sola
 de mi enojo te defiende,
 ó fiera en tu pecho hiende
 la daga con que te inmola.

ESTREL. ¡Señor! ¡Señor! en mi pecho

germina puro y feliz
 mi ardiente amor, satisfecho
 que de la suerte á despecho
 se arraiga más su raíz.

Pero mandais otra cosa,
 y humilde yo y obediente
 me resigno silenciosa.

EMPER. Tu madre, que en paz reposa,
 te bendice.

ESTREL. (Conmovida.) ¡Dios elemento!

EMPER. (Colocándose entre los jóvenes, y dirigiéndose gravemente á don Juan.)

¿Oiste, joven?

D. JUAN. (Con amargura.) Oí.

Lo que he de esperar aquí
 ya lo sé; rompo mis lazos,
 que el corazón...

ESTREL. (¡Ay de mí!)

D. JUAN. Quiere saltar en pedazos.

EMPER. De su nefanda cadena,
 que tu valor lo emancipe.
 Marcha con frente serena
 donde sus huestes ordena
 para la guerra Felipe.
 En ella habrás de olvidar
 esos tormentos crueles,
 un renombre conquistar
 y la frente coronar.

de inmarcesibles laureles.

D. JUAN. ¡Don Felipe! Juzgaría (Con despecho.)
como crimen de heregía
mi volcánica pasión,
y apagarla pediría
á su santa inquisición.

EMPER. ¡Insensato! (Con cólera.)

D. JUAN. Partiré:

vuestra paz no turbaré;
mas la autoridad ignoro
con que aquí matais la fé
de la deidad que yo adoro. (Vá á partir.)

ESTREL. (Suplicante.) Un momento.

D. JUAN. No, la espina
aquí está, la llevo aquí. (En el corazón.)
Quien con amor raciocina
en vez de amar asesina;
me asesinastes á mí.

(Hace como que vá á partir: Estrella le detiene: el Emperador está asombrado.)

ESTREL. (Tomándole de la mano.) ¡Don Juan! Atiende.

D. JUAN. (Pugnando por desasirse.) ¡Soltad!

ESTREL. Una palabra...

D. JUAN. (Iracundo.) ¡Oh, doblez!

EMPER. (Interponiéndose al ver que luchan, la una por detenerle, el otro por abandonarla.)

¡Estrella! ¡Jóven!

D. JUAN. Dejad...

y ¡para siempre!!! olvidad
nuestra maldita niñez.

(La empuja con ira. El Emperador, que desde que empezó don Juan á hablar ha demostrado en su semblante, ya la ira, ya la sorpresa, ya la zozobra, al ver que Estrella quiere seguir á don Juan, la detiene con imperio.)

ESCENA XI.

EL EMPERADOR.—ESTRELLA.

EMPER. ¡Estrella! detente: ¿dijo
que desde niña te amó...

ESTREL. Sí, sí, le idolatro yo...

¡Señor, de don Luis es hijo! (Con inspiración.)

(Este último verso lo pronuncia Estrella con énfasis: el Emperador se
aterra, y desde este instante se opera en él una transformación ex-
traña.)

EMPER. ¿Quién? ¿Don Luis? ¡Gran Dios! Seria...

(A esta palabra «seria» se asombra hasta de haberla pronunciado.)

ESTREL. Señor, le adoro y se vá...

EMPER. (Tomándola de la mano y con misterio.)

¡Estrella, tu amor está... (Reprimese.)

ESTREL. ¡Acabad...

(Se desprende de los brazos del monarca; quiere partir.)

EMPER. Tente... ¡hija mía!

(Al hacer esta exclamación vá á andar y no puede porque le acomete
un insulto de gota. Se apoya en el sitial.)

Tu amor... (Con horror,) ¡Imposible!!! (Aterrado.)

ESTREL. (Aterrada.)

¿No...

EMPER. ¡Estrella! ¡Estrella!

ESTREL. (Vacilante.)

¡Dios mío!

EMPER. (Con ira, mirando al cielo.)

¡Ah! ¡Señor! ¡Ah!...

ESTREL. ¡Qué sombrío

vapor...

EMPER. (Con profunda angustia.) ¡Estrella!

ESTREL. Aquí... ¡Oh!...

(Cae desplomada.)

EMPER. ¡Justo Dios! Grandeza tanta
y dar un paso no puedo,
porque en la tierra me quedo
enclavado por la planta!
¡Ironía de la vida!
Yo soy el que fui terror

de la tierra, Emperador
de carne vil y podrida!!! (Riese con una carcajada histórica.)

Miserable condicion...

¡Socorro! ¡Socorro! Allí...

(Entrando dos ó tres criados, que van á auxiliarle; pero él les grita:)

Allí... (Señalando á Estrella: luego, como arrepentido de haberse impacientado.)

¡Piedad para mí!

¡perdon, justo Dios, perdon!

(Alzando las manos al cielo, cae de rodillas: los criados socorren á Estrella.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS.

Me mata la incertidumbre.
De Nicolás la tardanza
no me explico: los momentos
que dura su ausencia, pasan
lentamente, y en mi pecho
agudas espinas clavan.
El que espera desespera.
Acaso don Juan... me espanta
la idea de que se aleje... (Preséntase Nicolás. El Marqués se
le acerca con ansiedad.)
¡Ah! Nicolás...

ESCENA II.

EL MARQUÉS.—NICOLÁS.

NICOLÁS.

Deo gracias.

MARQ. ¿Le alcanzaste?

NICOLÁS.

Le alcancé:

rondando andaba las tapias
del jardin.»—¿Qué se te ofrece?
me dice, casi con rábia,
y en las órbitas los ojos
brillando como dos áscuas.
«Caballero,» dije entonces
endulzando mis palabras,
os suplica mi señora
que, si estimais vuestra fama,
vayais al momento á verla
como cumple á un alma honrada.
Yo, que ví que es orgulloso,
y que la piedad cristiana
no inspira á ningun soberbio,
segun el Padre Villalva
en sus sermones predica,
le dije:—»El Marqués declara
»que admite el reto, y que pronto
»á los filos de sus armas
»os hará morder la tierra.»

MARQ. Hiciste muy mal.

NICOLÁS.

Hay almas

que son, señor, como el hierro:
no conseguireis doblarlas
si á la lumbre del orgullo
no lograis hacerlas áscuas.
En un mar de conjeturas
le sumieron mis palabras,
y viendo yo que con ojos
iracundos me miraba,
y que conocer podría
mi maliciosa bravata,
el rostro le presenté
cual si fundido se hallara
en el molde de un imbécil.
El, lanzando una mirada
de indiferencia, añadió:
»Márchate.»—¿Ireis?—«Sin tardanza.»

MARQ. Vendrá... (Suspirando satisfecho.)

NICOLÁS. Sin duda, ya veis,
amor y celos le arrastran...

MARQ. ¿Y viene?... (Con suma ansiedad.)

NICOLÁS. (Con calma.) Escuchad.
Después, con mucha soflama,
díjome en tono... en un tono
de fingida y fría calma:
—«Vuélvete, dí á la señora...
dile...»

MARQ. ¿Qué? (Con ansiedad y angustia.)

NICOLÁS. Con repugnancia

detuvo las que decirme
quiso enérgicas palabras,
y las calló de tal modo
que las mató en su garganta.

MARQ. Mas al fin... (Siempre ansioso.)

NICOLÁS. Con un semblante

á modo del que le pasa
alguna cosa, y no llora,
y sin embargo, las lágrimas
se empuñan en desbordarse,
díjome:—«Sepa esa ingrata...» (Pausa.)

MARQ. Pero, Nicolás, ¿qué dijo?

NICOLÁS. Si no concluyó la cláusula.

Mostróse como el que piensa
una respuesta más lata;
y así que pasó la sombra
de un momento,—«De mis armas,
»exclamó, no ha de librarse
»el que ha de llevarla al ara;
»pues si es tan buen caballero
»como altivo en las palabras,
»cuerpo á cuerpo, en duelo á muerte,
»me lo probará su espada.»

MARQ. Que me place.—Nicolás,
Estrella aquí se adelanta. (Nicolás saluda y váse.)

ESCENA III.

EL MARQUÉS.—ESTRELLA.

ESTREL. ¿Os vais porque llego?

(En traje de boda; pero sin velo ni corona.)

MARQ.

Si,

porque os será necesaria
la soledad.

ESTREL.

Ved que sufro...

MARQ.

Ya lo comprendo: ante el ara,
la mártir de su obediencia
dirigirá sus plegarias
al único Ser que puede
en su dolor confortarla... (Vase.)

ESCENA IV.

ESTRELLA.

¿Oh! ¡qué tormento! ¡qué lucha!

¡No hay remedio!—No, no basta

resignarse cuando quiere

vencer, dominar el alma.

(Preséntase don Juan.)

ESCENA V.

ESTRELLA.—DON JUAN.

ESTREL. ¡Ah! (Sorprendida.)

D. JUAN.

Señora, mi presencia

es la de un hombre maldito

que os espanta, ó la conciencia

os inspira la vehemencia

de vuestro fervido grito?

ESTREL. ¿Por qué venís, desdichado?

D. JUAN. Porque vos me habeis llamado;

y siendo yo tan cortés,
un solo punto he dudado
y dudé... por el Marqués. (Con sarcasmo.)

ESTREL. ¡Don Juan! ¡don Juan! por piedad,
no lanceis esa mirada
de vengativa crueldad
á la mujer desgraciada
que implora vuestra bondad.
Derecho os sobra, lo sé,
para desdeñarme; yo,
ni vindicarme sabré;
mas Dios que nos oye, vé
que no soy culpada.

D. JUAN. (Sarcásticamente.) ¿No? (Pausa.)

No era la España bastante
rica para mi ambicion,
y en mi proyecto constante
volé á otro reino distante
en alas de mi pasión.
Surcó el mar: á la sonrisa
de una aurora, en corva raya,
entre la niebla, indecisa
la vista, por fin divisó
de Italia hermosa la playa.
Hinchábase el pardo lino
del aura al rodar sonante,
y el líquido cristalino
cortaba el alado pino
entre la espuma flotante.
En sus doradas arenas
el Mincio vió mis pesares;
llevó entre sus azucenas
las lágrimas de mis penas
con su tributo á los mares.
Cantaban los ruseñores,
y entre perfumes y flores
y el sol, que el aire doraba,
el ángel de mis amores
pensé que se levantaba.

Le miro aquí... (Con desencanto.)

ESTREL. (Aludiendo á su traje de boda.) Pobres galas ni val de nécia pompa exterior:

(El Marqués los observa sin ser visto de ellos.)

¿no ves, cuando las señalás,

que está plegando sus alas

la tórtola sin su amor?

Joyas son, que doblarán

del suplicio los horrores;

víctima á quien muerte dan,

á sacrificarme van

y me coronan de flores.

D. JUAN. Corona de blancas rosas, (Apasionadamente.)

que aromarás con tu aliento,

pondré en tus sienes hermosas,

y entre sus flores vistosas

colocaré un pensamiento.

ESTREL. Don Juan, imposible.

D. JUAN. (Con sorpresa.) ¡Cómo!

ESTREL. Mi amor es una pasión,

pero me venzo y la domo,

me sirve de cruz, la tomo,

y marchó á mi salvacion.

Dejadme luchar, don Juan,

y los dos la vida eterna

lograremos.

D. JUAN. (Iracundo.) ¡Nécio afán!

ESTREL. Cara á cara á Dios verán (Con vehemencia.)

si la autoridad paterna

los hijos acatan.

D. JUAN. (Con ira.) Vé,

corre al altar, fementida;

ESTREL. ¡Os falta, don Juan, la fé! (Asombrada.)

D. JUAN. (Con ira.) ¿Qué cosa es fé?

ESTREL. ¡Don Juan! ¿Qué?

La santa luz de la vida.

Es el faro salvador

que en este mar iracundo

lleva al puerto bienhechor,

donde premia un Dios de amor
los infortunios del mundo.

(El Marqués á alguna distancia pugna por acercarse á los interlocutores, pero se vence:)

¿Qué cosa es fé? La confianza
que el alma á los cielos lanza,
que rige á la voluntad,
y que inspira la esperanza
y alienta la caridad.

Es la fé don sin segundo
que al mártir en sus horrores
le hace hermoso el mal profundo,
y le transporta á otro mundo
de querubines y flores. (D. Juan parece como que se conmueve.)

¡Ah! Que me habeis comprendido:

juntos hemos aprendido
nuestra santa religion...

y ¡qué! ¿se habrá corrompido
vuestro español corazon?

Esas lágrimas que brotan
á mis acentos, denotan
que os inmolais al deber;
dejadlas, don Juan, correr,
que os honran, si no se agotan.

D. JUAN. (Resuelto.) Estrella... no.

(Fuertemente impresionado procurando vencer su turbacion y ocultar sus lágrimas.)

ESTREL.

¡Por piedad!

venced vuestra resistencia.

Conquista su libertad,
el que ama la autoridad
de quien sufre dependencia.
Acatad de corazon
vuestro deber, que es razon.

¡Por el que nació en Belen!

pues padres y reyes son
sus ministros para el bien.

D. JUAN. ¿El sacrificio mayor, (Con reprimido despecho.)
señora, exigis de mí?

No puedo...

ESTREL. Dios dá el valor
á medida del dolor.

D. JUAN. No... no. (Decididamente.)

ESTREL. (Después de un momento de vacilación y como inspirada de un alto pensamiento.) ¿Sois honrado?

D. JUAN. (Después de dudar, vencido por la actitud de la joven.) Sí.

(Estrella le toma la mano como para exigir un juramento, presentándole la cruz que lleva al cuello pendiente de una cadena; pero ambos quedan confundidos á la presencia del Marqués, un criado y dos damas que le acompañan. El criado coloca sobre la mesa un azafate que contiene un rico velo de gasa blanca, y una corona de azahares. Ante el Marqués, los amantes quedan, Estrella como aterrada, confundida de rubor, don Juan reprimiendo su coraje.)

ESCENA VI.

ESTRELLA.—DON JUAN.—EL MARQUÉS.—UN CRIADO.

DOS DAMAS.

MARQ. Pon en la mesa el azafate.

ESTREL. ¡Cielos!

MARQ. Márchate al punto.

(Al criado, que habiendo hecho lo que le dijo, viene como á recibir nuevas órdenes.—Pausa.)

D. JUAN. ¡Caballero!

MARQ. Dobla

tu eficacia, Guillermo, y haz que pronto
el nupcial aparato se disponga.

(El criado, oídas las últimas disposiciones del Marqués, hace una reverente cortesía y váse.)

D. JUAN. ¡Caballero!

MARQ. (A las damas.) Tomad esos adornos;
colocad en las sienes de la novia
el velo... (Estrella se adelanta hácia las damas.)

D. JUAN. ¡Vive cristo!

ESTREL. (Con santa resignación.) ¡Dios Eterno!

MARQ. Toma, Rosmunda, la nupcial corona.—

Este símbolo hermoso de pureza,
cuando inocentes, como tú, le tocan,
augura que la suerte á quien le cinge
con áureas flores los caminos borda.

(Las damas adornan á Estrella poniéndole la corona y el velo. Concluyen y se retiran llevándose el azafate: mientras tocan á Estrella, el Marqués, acercándose á don Juan, le dice con exquisita bondad:)

MARQ. Vos, caballero...

D. JUAN. (Colérico.) Refrenad el lábio,
y el fuerte acero á vuestra voz responda.

En guardia; ¡vive Dios! que el tiempo vuela
y está mi espada de venganza ansiosa.

ESTREL. ¡Ah! dejadle, Marqués, os lo suplico.
Ved que el estambre de mi vida corta
el filo del acero que á su pecho
se dirija: os lo pido...

(Quiere arrodillarse, el Marqués lo impide.)

MARQ. No... le abona
el idólatra amor que le enajena.

D. JUAN. ¡Callad! ¡callad! Mi corazon os odia.

ESTREL. (Interponiéndose entre los dos.)

Os amaba, don Juan, hace un momento,
con aquella pasión encantadora

que Dios bendice, cuando ve dos almas

que padecen y callan y se adoran:

mas cuando miro que soberbio y fiero

de mi obediencia desprecias la joya;

cuando sé que rebelde, inobediente,

ha de ser quien se llame vuestra esposa,

herido el triste corazon comprendo

que quien la frente á su deber no dobla,

se vuelve contra Dios, le desconoce,

y su ira celestial feroz provoca.

(Después de breve pausa, y con la mayor ternura.)

Te devolviera la perdida calma,

aun de mi paz y mi existencia á costa,

si lágrimas y amor pudieran tanto...

(Pausa: luego dice bañada en llanto.)

Apelo á tu virtud,

(Procurando contener sus lágrimas, con fingida serenidad, se dirige al Marqués y le dice:)

Señor, ya es hora.

D. JUAN. (Después de luchar consigo mismo.)
 Defente, Estrella, y á tus pies rendido
 mi altiva sangre su furor deponga,
 que ya en el pecho mi esperanza encierro
 y en mar de llanto el corazón se ahoga.
 Vé serena al altar, que resignado
 sufriré mi desdicha: la aureola
 de tu santa virtud, para tus hijos
 será en el mundo resplendente antorcha.

ESTREL. Adios, don Juan. (Muy conmovida.)

D. JUAN. Adios; que el ángel bueno
 que te sirve de escudo y de custodia,
 sobre el tálamo estienda el iris puro
 de paz emblema y de sus alas sombra. (Va á partir.)

MARQ. Tened, don Juan, que la virtud do quiera
 el láuro obtiene de inmortal victoria,
 y yo alcanzo la mia con vencerme.

ESTREL. ¿Qué!

D. JUAN. {

MARQ. No hay triunfo sin lucha; que mis donas
 están en esta mano. Sed felices.

(Colocando la derecha de Estrella en la de D. Juan.)

D. JUAN. ¡Qué escucho!

ESTREL. ¡Dios eterno!

MARQ. Sí, palomas

al arrullo del aura adormecidas,
 el sácre que al pasar las acongoja,
 les teje el nido, y generoso vuela
 dejándolas tranquilas y dichosas.

ESTREL. ¡Ab! Sois un ángel.

D. JUAN. De bondad sublime
 modelo inimitable.

MARQ. Me sonrojan...

No soy más que cristiano.

ESTREL. Nunca... nunca...

(El Marqués se le acerca con vivo interés; D. Juan está asombrado; Es-

trella dice al Marqués.)

Hay séres que padecen y se inmolan
porque huérfanos viven en el mundo:
solo allí son felices.

(Señalando al cielo, después dice con angustia.)

Misteriosa

voz en mi oído resonando, grita...

¡Es la voz de mi madre!

(Pausa : dirigiéndose á D. Juan, añade con fuego.)

Parte, implora

de la cesárea magestad la vénia...

MARQ. Dejad, dejad que de mi cuenta corra. (Procurando calmarse.)

ESTREL. ¡No dijo que mi amor es imposible?

(Con terror, hablando consigo misma.)

D. JUAN. ¿Qué dices?

ESTREL. ¡Oh! Don Juan, si nuestra boda
no bendice, temed... temed...

D. JUAN. (Asombrado.) ¡Estrella!

ESTREL. ¿Y mi madre, Marqués?

MARQ. Os galardona

con raudales de amor desde la altura.

(La muestra el anillo que el Emperador le dió en el acto primero: Estrella, sorprendida de gozo dice:)

ESTREL. ¡El anillo imperial!

MARQ. (Con júbilo.) El César goza
cuando con mano paternal derrama
beneficios sin fin... ¿Veis esta joya?
¡os garantiza mi palabra!

ESTREL. (Con júbilo.) ¡Cielos!

MARQ. Os juro que bendice vuestra boda.

ESTREL. ¡Ah! ¡Marqués! Noble amigo...

MARQ. Rica dote

por mi cariño fraternal...

ESTREL. Me colma

de noble admiración grandeza tanta!

MARQ. Si os imito en virtud, de vos es obra.

Sed mis amigos, mis hermanos.

ESTREL. { (Con efusión de gratitud.) Sea...

D. JUAN. }

(Queda el Marqués en el centro. Estrella y don Juan á los lados.)
 MARQ. Ardiendo espera la nupcial antorcha.
 Venid, venid, y volvereis conmigo
 á darle la sorpresa más hermosa. (Con entusiasmo.)

ESTREL. ¡Alma grande!

D. JUAN. (Respetuoso.) Señor...

ESTREL. (Mirando al cielo.) ¡Madre querida!

MARQ. ¡Aplaudé! (Con énfasis, á Estrella.)

ESTREL. (Con júbilo.) ¿Sí?

(D. Juan, gozoso, vá á tomar á Estrella de la mano para sacarla del teatro, pero el Marqués se interpone, y le dice con paternal afecto.)

MARQ. Don Juan, á mí me toca.

(Antes de salir á la escena, se oye la voz del Emperador, que, con enojo, dice á un criado.)

ESCENA VII.

EL EMPERADOR.—UN CRIADO.

EMPER. Pues marcha á su encuentro, dile
 que está el señor Arzobispo
 de Toledo, á pocos pasos, (Sale á las tablas.)
 y que despues de las cinco,
 aquí, con don Luis Quijada,
 y otros leales amigos,
 llegará; que todos vienen
 de Valladolid. (Váse el criado.)

ESCENA VIII.

EL EMPERADOR.

¡Dios mio!
 por más que quiero calmar
 mis ímpetus, no consigo
 que el corazon permanezca
 indiferente y tranquilo.
 ¡Atrás, visiones hermosas
 de aquellos tiempos queridos;

en que asombraban al mundo
 las glorias de Carlos Quinto,
 cuando fué sobre la tierra
 cuanto pudo, y cuanto quiso!

ESCENA IX.

EL EMPERADOR.--NICOLÁS.

NICOLÁS. ¡Señor, señor! (Muy gozoso.)

EMPER. Nicolás,
 adelántate: ¿qué ha sido?

NICOLÁS. Ya salió de Jarandilla
 la comitiva.

EMPER. ¿La has visto?

NICOLÁS. Pero es seguro que viene
 rumbo acá.

EMPER. ¿Quién te lo ha dicho?

NICOLÁS. Don Luis Quijada os remite
 con Gabriel un pliego escrito;
 salgo, le encuentro, le paro,
 me le muestra, se lo exijo,
 me le niega, le reprendo,
 en vuestro nombre le pido,
 se rebela, le acometo,
 grita soberbio, le grito,
 avanza á mí, yo le avanzo,
 lucha fiero, le resisto,
 lánzole á tierra, le dejo,
 viene trás mí dando ahullidos,
 corro, vuelo, llego, os hallo...

EMPER. ¿Pero el pliego? (Iracundo.)

NICOLÁS. (Sacándosele del seno.) Entero y limpio.

EMPER. Así me gusta. Al Marqués
 que venga al punto. (Vase Nicolás.)

(Toma rápidamente el pliego, rompe la neta. Se recomienda esta difícil escena. Aquí, á juicio del autor, se pinta el carácter del monarca.)

ESCENA X.

EL EMPERADOR.

Palpito
 como un azogado. ¡Cielos!
 ¡Del secretario de mi hijo!
 »El monarca, nuestro amo...» (leyendo.)
 Apenas ¡gran Dios! respiro.--
 »Va con próspera fortuna (sigue leyendo.)
 »de la gloria al régio Olimpo.»
 (Suspende la lectura y dice con enojo.)
 ¡Siempre recuerdos paganos!
 »Habiéndose decidido (sigue leyendo.)
 »por la Francia el Santo Padre,
 »con fiera hueste de altivos
 »castellanos, el de Alba
 »puso á Roma estrecho sitio.
 »Paulo Cuarto, intimidado,
 »al punto las paces hizo,
 »de modo, que ya no tiene
 »el francés, el fuerte arrimo
 »del que es, señor, en la tierra
 »Vicario de Jesucristo.
 »Marcha el duque de Saboya,
 »de nuestras tropas caudillo,
 »contra San Quintín; combaten
 »los ardientes enemigos,
 »y despues de rudas pruebas
 »dádase el francés á partido...»
 (Le ahoga el gozo, respirando dice.)
 ¡Gran Dios! (sigue leyendo.)
 »Nuestro soberano
 »de Flandes deja el asilo,
 »y llegando á San Quintín
 »apura y estrecha el sitio...
 »Triunfamos...» (suspende la lectura y dice enaginado.)
 ¡Ah! reconozco

mi sangre en él! (Sigue leyendo.)

«Del conflicto

»piensa que sale el francés

»proponiendo un armisticio.

»Le acepta su magestad...»

(Al llegar aquí suspende la lectura y poniéndose de pie y adelantándose al primer término, exclama:)

¡Ira de Dios! ¡Qué he leído!

¡Hacer las paces, teniendo

cien generales invictos;

un ejército cual pocos

han contemplado los siglos;

la infantería española

terror del mundo!... Ni un niño

cometiera la imprudencia

que Felipe ha cometido.

Si ante las huestes que lidian

yo me encontrára ¡Dios mio!

el Sena fuera á los mares

en sangre francesa tinto! (Lanza la carta sobre la mesa.)

Yo mi glorioso estandarte

quise tremolar altivo

de un mundo al otro, llevando

triunfante el catolicismo...

Mas Felipe... ¡Qué!... ¡Felipe!...

Felipe no me ha entendido.

(Está de frente al público, al volverse, con dificultad, á causa de la gota, entra presuroso el Marqués.)

ESCENA XI.

EL EMPERADOR.—EL MARQUÉS.

MARQ. ¡Qué! ¡ya lo sabeis!!! (Sobresaltado.)

EMPER. ¿Qué cosa?

(Reponiéndose un momento y sobrecogiéndose ante la inquietud del Marqués.)

MARQ. (Disimulando.) Nada.

EMPER. ¡Imposible!

- MARQ. (Perplejo.) Colijo....
- EMPER. (Con autoridad.) Dime lo que haya, al momento.
- MARQ. Pero, señor, no concibo...
- EMPER. Marqués, á tus pocos años es el rostro un terso vidrio donde el corazon retrata sus pensamientos más íntimos. Dime, ¿qué pasa?
- (Tomándole de la mano y mirándole fijamente.)
- MARQ. (Disimulando.) Os encuentro montando en cólera; miro una carta en esa mesa; de Valladolid recibo letras, luego...
- EMPER. ¡Qué!
- MARQ. Sin duda...
- EMPER. ¡Misterios! ¡Siempre lo mismo! ¡que nunca sepan los reyes la verdad!
- MARQ. (Perplejo.) Por los indicios ¿sabeis que en la corte... acaso...
- EMPER. ¡Ah! Marqués; ¿qué ha sucedido?
- MARQ. (No lo sabe.) Nada... nada...
- EMPER. Algun suceso inaudito está pasando. (Con mirada indagadora.)
- MARQ. (Turbado.) Señor...
- EMPER. Pues yo te mando, te exijo...
- MARQ. En esta carta me dicen que cunde el luteranismo...
- EMPER. ¡Santo Dios! ¡Ah, Santo Dios!
- MARQ. Que Valladolid ha sido del escándalo teatro; que venerables patricios están ya presos, á causa de estar del crimen convictos; que pueblan los calabozos personajes distinguidos; que el canónigo Cazalla propaga el error maldito...

EMPER. (Asombrado.) ¡Eterno Dios! Reconozco
 que aquí me das el castigo
 de mi bondad con Lutero.
 (Como reconviniéndose.)
 Pude triunfar del inícuo;
 le empeñé mi real palabra
 de escuchar sus desvaríos;
 respeté su libertad;
 no dí su cuello al cuchillo,
 y aun faltando á mi promesa
 hubiera á mi Dios servido;
 que quien rompió el juramento
 que al Rey de los reyes hizo...
 (Arrepintiéndose de lo que dice, exclama.)
 Pero no, torpe solisma;
 como quien soy he cumplido;
 que el rey que á faltar se atreve
 á su menor compromiso,
 más que rey, es un villano,
 de todo respeto indigno. (Pausa.)
 (Tomando la mano del Marqués, dominado de una idea luminosa.)
 La tierra que con su sangre
 fecundizó Hermenegildo,
 tiene en su seno el Jordan
 del Tajo al Ter cristalino;
 de Genazaret las aguas,
 sustento de sus olivos;
 (Va inflamándose progresivamente.)
 de Jericó los rosales,
 Cedrón que les dé rocío,
 un Tabor en cada cumbre
 donde se alza Jesucristo;
 árboles para cruz
 como los cedros de Líbano;
 la espada de San Fernando
 que venza al luteranismo,
 y pueblo y reyes que arranquen
 la ruin cizaña del trigo.
 (Respeto.)

Saldré del claústro al momento
á combatir contra el siglo.

(Entra un criado y dice alto al Marqués.)

CRIADO. Señor, que venir desean. (Vase.)

(El Marqués se turba, quiere salir del teatro, se detiene, y á hablar,
no puede.)

EMPER. ¡Qué, Marqués! ¡otro peligro?

ESCENA XII.

EL EMPERADOR.—EL MARQUÉS.—Luego ESTRELLA y
DON JUAN.

MARQ. Sé que mirando el tormento
que tanto Estrella ha sufrido,
no hubiera jamás podido
hacerse mi casamiento.

EMPER. No te entiendo.

MARQ. Padre yo,
lo mismo hubiera pensado...

EMPER. ¡Qué! ¡Cómo! ¿te ha desairado?...

MARQ. ¡Ah! Mi valor la salvó.

EMPER. ¡Tu valor! ¡qué!...

MARQ. Mi valor.

Le tuve para vencerme;
yo dije á mi pecho: «aduerme,
aduerme, infeliz, tu amor,»
y la casé.

EMPER. (Dando un paso atrás.) ¡Dios de Dios!

MARQ. Se amaban y se amarán...

EMPER. ¡Marqués! ¡Marqués! ¿Dónde están?

(Violentamente irritado.)

ESTREL. } A vuestras plantas los dos.
D. JUAN. }

EMPER. ¿Qué habeis hecho? (Al Marqués.)

MARQ. A dos que gimen

hacer felices.

EMPER. ¡Alzad!

Del pecho ese amor lanzad

porque ese amor es un crimen.

ESTREL. ¡Señor!

D. JUAN. (Suplicante.) ¡Señor!

EMPER. (Rechazándolos.) No: barrunto

que la tierra que os sustenta,
en ancha grieta revienta

para tragaros al punto.

ESTREL. ¡Don Juan! (Horrorizada.)

D. JUAN. (Abrazándola.) ¡Estrella!

EMPER. Al momento

huye, infeliz!!! (Los aparta.)

D. JUAN. ¡Quién podrá

separar...

EMPER. Polvo te hará

un rayo del firmamento.

ESTREL. En indisolubles lazos

nos ata á entrambos la suerte.

EMPER. ¡Infeliz!

ESTREL. (Con energía.) Solo la muerte

podiera hacerlos pedazos.

EMPER. Aparta.

ESTREL. Dejadme.

EMPER. (Colocándose entre los esposos.) ¡Quita!

ESTREL. Es mi esposo.

EMPER. Ni le veas...

porque maldita no seas

de tu madre!

(Empujándola hacía una de las puertas laterales, con impetu.)

ESTREL. ¡Yo! ¡Maldita!

EMPER. Sí. (Enérgicamente.)

ESTREL. ¡Maldita!

D. JUAN. ¡Estrella!

ESTREL. ¡Madre!

Aunque la vida me cueste; (Resuelta.)

abandonarás por este

á tu madre y á tu padre.

(Dice estos versos con fuego; el Emperador la arranca de los brazos de don Juan, exclamando:)

EMPER. ¡Ah! No, no...

ESTREL.

¡Don Juan!

(El Emperador la empuja hacia su habitacion y cierra la puerta colocándose delante, fuera de si, para impedirle la entrada á don Juan, que se queda un momento indeciso; pero cuando habla, está como dispuesto á atropellar al Emperador y penetrar en la habitacion donde se encuentra Estrella.)

MARQ.

(Con ansiedad.)

¡Señor!

¿qué pasa, decid...

EMPER.

¡Marqués!

(Como saliendo de un sueño horrible.)

castigo del cielo es

por mis culpas este amor.

(El Marqués está aturdido. D. Juan, en el colmo de su desesperacion, vá á seguir á Estrella diciendo.)

D. JUAN. No más respetos humanos.

EMPER. ¡Tente! tente. (Interponiéndose con magestad.)

D. JUAN. ¿Y quién sois vos... (Cólerico.)

EMPER. Soy tu Dios, despues de Dios.

(Don Juan queda estupefacto. El Emperador toma rápidamente de una mano al Marqués, y llevándolo al primer término, le dice:)

¡Marqués! ¡Marqués! ¡Son hermanos!

(El Marqués se cubre el rostro con ambas manos, dando un grito de sorpresa. Don Juan ignora lo que ha dicho el Emperador. Este impone á don Juan con su mirada.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS.—DON JUAN.

Aparece don Juan en actitud de una persona meditabunda, á quien domina un profundo abatimiento: el Marqués, á alguna distancia, como observándolo; después de unos momentos se le acerca y le dice:)

MARQ. ¿Todavía?

D. JUAN. Contemplad
el cuadro de mi dolor,
y decidme si es injusta
mi atroz desesperacion.

MARQ. ¿Desesperar? ¡un cristiano!

D. JUAN. Pero responded, por Dios;
¿qué palabra misteriosa,
en vuestro oído sonó,
que os dejó petrificado,
que mudásteis de color,
que os ensimisma? ¿Qué os dijo?
¿Saberlo no puedo?

MARQ. No:
hay palabras que son flechas

que matan el corazón.

D. JUAN. Clavadme en él vuestra espada,

antes que la espina atroz

de esta duda matadora

que enloquece mi razón.

¿Es, decidme ¡vive el cielo!

que puede ese Emperador

destrozar el santo nudo

que ha formado el mismo Dios?

¿Quién es ese hombre, Marqués,

para doblar mi furor,

y que mi bien me arrebatara

contra justicia y razón?

MARQ. Ese hombre, es, don Juan, un libro

escrito por un autor

que quiere dar á los pueblos

la más sublime lección.

En alas de su soberbia

de triunfo en triunfo iba en pos;

le dió sus palmas la gloria

su sangre el pueblo le dió:

«¡Más allá!» grabó en su escudo,

y tremoló su pendon,

coronado de laureles,

desde el Norte al Ecuador

y del Ecuador florido

hasta el ígneo Patagon.

Ya lo sabeis, de dos mundos

el aúreo cetro empuñó;

tembló la tierra á su planta,

y fiero conquistador,

al carro de su victoria

pueblos y reyes ató.

Audaz, altivo, soberbio,

sin más ley que su ambición,

idólatra de sí mismo...

D. JUAN. ¿Qué le faltaba? (Interrumpiéndole con sarcasmo.)

¿Ser Dios?

y tal vez eso querría.

MARQ. En la humana condicion,
 quien siempre ha sido el primero
 no consiente superior.
 Mas lo que llaman los hombres
 la fortuna, le volvió
 la espalda y de nueva gloria
 buscó refulgente el sol.
 Vino al claustro, despojado
 del aurífero esplendor;
 quiso abatirse, y él mismo
 abatido se juzgó.
 Mas cuando vió la tristeza
 de su elegida mansion,
 de la soberbia el demonio
 nuevamente le tentó,
 y á brazo partido lucha
 con el claustro y su ambicion.
 Quiere salir, y reinar,
 rendir al mundo á su voz,
 y sofocar la heregia
 que su desden fomentó;
 quiere otras veces morir
 con sublime abnegacion,
 y discurre como sábio
 que del mundo renunció.
 Mas, de repente, se altera,
 se electriza de furor,
 y hastiado, aburrido, aspira
 á nueva dominacion.
 No sabe él mismo qué quiere,
 porque esclavo de su Yó,
 mezcla de bueno y de malo,
 quiere, en cualquier condicion
 en que se encuentre, elevarse
 sobre el pedestal de un dios.

D. JUAN. Ese es un mónstruo, Marqués.
 MARQ. No es más que un hombre. (Con ironia.)
 D. JUAN. (Dudando, con sarcasmo.) ¡Quién! ¡Oh!
 La historia de la soberbia. (Con amargura.)

MARQ. Con todo, su corazon
noble, grande, generoso,
es digno de un rey.

D. JUAN. Pues yo
¡vive el cielo! no consiento
que sacrifique mi amor...

MARQ. Y ¿qué hareis?

D. JUAN. Partir al punto
donde ni escuche su voz,
¡y hasta salir de la tierra!
Venga mi esposa...

MARQ. ¡Ilusion!
Quizas, don Juan, cuando os hable,
ante el eco seductor
de la mágica palabra
de un monarca...

D. JUAN. ¡Ira de Dios!
no penseis que ante su planta,
como vil adulator
cortesano sin conciencia,
voluntad ni corazon,
me postre humilde esperando
una sonrisa, eso no.
Los reyes son de la tierra
cual delicado vapor
que se levanta á los aires
purpurado por el sol.
A los reyes hay que verlos
como á las nubes.

MARQ. ¡Qué! ¿vos?...

D. JUAN. Yo los miro desde lejos
para tener ilusion.

MARQ. Mas vos, en fin...

D. JUAN. Al instante
quiero partir.

MARQ. (Perplejo.) Ved que...

D. JUAN. Soy
feliz como mi casta esposa,
y el tesoro de su amor.

será mi mayor tesoro.

MARQ. Sabed... (Arrepintiéndose de lo que iba á decir.)

D. JUAN. No más dilacion.

MARQ. Acaso...

D. JUAN. Nada pretendo.

MARQ. Esperad dos horas, dos,

D. JUAN. Mas... ¿qué teneis? ¿qué misterio?...

MARQ. ¿No decís, don Juan, que sois...

D. JUAN. El esposo prometido
de Estrella.

MARQ. (Mi confusion
se aumenta.) ¿No sois el hijo
de don Luis?

D. JUAN. No.

MARQ. ¿Cómo! ¿No?

(Señal afirmativa de don Juan.)

Tal vez vuestro padre quiera

desbaratar esta union;

tal vez medie un imposible.

D. JUAN. Sabrá vencerle mi amor.

MARQ. Estrella es humilde...

D. JUAN. Tiene

por patrimonio y blason

el trono de su virtud.

MARQ. ¡Ah! teneis...

D. JUAN. Espero en Dios.

MARQ. Mas vuestro padre... (Con intencion.)

D. JUAN. (Con amargura.) Mi padre...

hará lo que quiera yo.

MARQ. ¡Don Juan! ¡Don Juan! Me confundo.

Se acerca el Emperador. (Procura alejar de la escena á
don Juan.)

D. JUAN. Aquí me hallará.

MARQ. (Carinosamente.) Dejadme

hablarle á solas...

D. JUAN. No: no.

MARQ. Dejadme con él, y os juro...

D. JUAN. No jureis. (Con magnanimidad.)

(El Marqués le estenderá la mano en señal de gratitud; y don Juan

tomándola con efusion de cariño, le dice:)

Me basta.

MARQ. }
D. JUAN. }

Adios.

ESCENA II.

EL MARQUÉS.—EL EMPERADOR.

EMPER. (Con pesadumbre.) ¿Huye de mí?

MARQ. Volverá,

por que su amor es ardiente,
y á medida que se aumenta
la privacion, crecerá.

Su rica, imaginacion
se embota desfallecida,
porque, á torrentes, la vida
brotó de su corazon.

Ese amor puro, ideal,
¡Oh! gran señor, vale tanto,
que hacer puede á un hombre santo
si no le hace criminal.

EMPER. Buen Marqués, tú me comprendes
porque eres justo y discreto,
y al decirte mi secreto
de tí mismo me defiendes. (Pausa.)
Tiene la edad juvenil
tan encantados primores,
como perfumes y flores,
aves y luces Abril.

MARQ. ¡Es verdad! (Con melancolia.)

EMPER. Si en vez de hallar

quien nos hable de virtud,
se dice á la juventud:

«¡Solo hay un bien, y es gozar!»

¿quién piensa en el porvenir
si es tan hermoso el presente,
y con ir con la corriente
se va gozando... á vivir?

Mas cuando el hombre conoce
que hasta el abismo descende,
en vano subir pretende
lo que bajó para el goce.

¡Oh! ¡qué lucha! hay que marchar
contra la corriente arriba...

el mundo su mofa aviva
mientras más mira luchar
al que vicioso aplaudió:

en tan desigual pelea,
la virtud su fuerza emplea,
más grita Luzbel: «¡No, no...!»

y como sin sacrificio
del sensualismo la palma
se alcanza, vencida el alma
desciende hasta el precipicio!

Yo lo comprendo, Marqués,
y al ver á Estrella y don Juan,
se ha renovado el afán
del tormento en que me ves.

MARQ. Permitidme si indiscreto
el corazon os lastimo...

EMPER. En prueba de que te estimo
vas á saber mi secreto. —

A la muerte de mi esposa

á Ratisbona pasé,

y su pérdida lloré

en soledad angustiosa.

Iba el tiempo eslabonando

unos tras otros los dias,

y al par, de las penas mías

los duros hierros limando.

(Toma la mano del Marqués, y mirándole fijamente y como tratando de persuadirle y obtener su benevolencia, le dice con apasionado acento:)

Rindió mi adusta esquivéz

un ángel... de quien cautivo...

servíale de atractivo

las tocas de su viudez.

MARQ. ¿Era viuda? (Con sumo interés.)

- EMPER. Y era madre
de una niña...
- MARQ. ¿Estrella?
- EMPER. Sí,
de Estrella, á quien acoji
con el cariño de padre.
- MARQ. ¿No vive su madre?
- EMPER. No;
pagó á la tierra el tributo,
dejándome un niño, fruto
de nuestra amistad.
- MARQ. (Con interés.) ¿Murió
aquel niño?
- EMPER. El niño vive,
ignora su condicion,
y esmerada educacion
de Luis Quijada recibe.
De mi estudiado abandono
el único intento era,
que Felipe no tuviera
quien codiciara su trono.
- MARQ. ¿Pero ese niño es Don Juan?
- (Señal afirmativa del Emperador.)
- ¿Y Estrella su hermana?
- EMPER. Sí.
- MARQ. ¿Vuestro hijo ha venido aquí?
- EMPER. No. (Secamente.)
- MARQ. ¿Conocéisle?
- EMPER. No.
- MARQ. (Con júbilo.) Van
mi entendimiento alumbrando
los rayos de una esperanza...
- EMPER. ¿Qué dices? (Con suma ansiedad.)
- MARQ. (Hablando consigo mismo.) Sí, más se afianza
mi conviccion, meditando
en este asunto. Comprendo...
mas siempre queda una duda...
(Dirigiendose al Emperador.)
¿Me dijisteis que era viuda?...

EMPER. ¡Vive Dios! que no te entiendo (Con enojo.)

MARQ. A la que amásteis rendido...

¿fué Bárbara de Blomber?

EMPER. ¿Como pudiste... saber (Con asombro.)

MARQ. Ni nunca un misterio ha sido,

ni en tratándose de amor

hay en palacio secreto,

pues suele ser indiscreto

quien priva por tal favor. (Pausa.)

¿A Estrella y don Juan decís

que vuestro amigo los cria?

(Señal afirmativa del monarca.)

¿Están en Villagarcía?

EMPER. (Con ansiedad.) Sí.

MARQ. ¿No sabéis que don Luis

daba á otro niño su pan?

EMPER. (Con sorpresa.) ¿Él? ¿No tiene sucesion!

MARQ. Ya lo sé.

EMPER. Mas, ¿qué razon?...

MARQ. Se llama tambien don Juan

el niño, hombre ya...

EMPER. ¡Gran Dios!

MARQ. ¿Acaso?...

EMPER. ¡Qué!...

MARQ. Ser podría

ése jóven...

EMPER. ¡Duda impía!

¿Dices que son dos? (Alterado.)

Son dos.

MARQ. Que venga ese mozo. (Con autoridad.)

EMPER. (Dudando.) Ved...

MARQ. Venga ese mozo, al momento.

EMPER. Ved...

MARQ. (Con ira.) Miro que es un tormento

la incertidumbre.

MARQ. Atended

á la razon; es valiente,

osado, terco, ¿y si fuera

de vuestra sangre y quisiera

UNA CORONA...

(El Marqués, después de un momento de solenne silencio, vá á portar; estremecido de dolor el monarca le detiene.)

EMPER.

¡Detente!...

Tente, sí. Quien no domina
sus pasiones, llega un hora
que el corazón le devora
la sierpe que me asesina.

(Después de una pausa, como inspirado, y tomando una resolución.)

A poca distancia está

don Luis, llegará al instante...

(Se divisan, ya cerca, dos religiosos, calada la capilla; misteriosamente dice al Emperador el Marqués:)

MARQ.

Gente viene.

EMPER.

(Viendo á los sacerdotes, reponiéndose instantáneamente, dice con amargura:)

MI semblante

mi tormento ocultará. (Sonríe irónicamente.)

(Vase el Marqués.)

ESCENA III.

EL EMPERADOR.—DOS RELIGIOSOS.

RELIG. Señor, la comunidad...

EMPER. Ya he visto á los padres juntos.

RELIG. Al oficio de difuntos

invita á su magestad.

EMPER. Yo la acompaño en su duelo,

y á la par de su oración,

irá de mi corazón

la triste plegaria al cielo.

RELIG. Su magestad...

EMPER.

No, no asisto,

como quise, al funeral,

porque mi rebelde mal

me agobia, padre.

RELIG.

No insisto.

(Después de un momento de silencio.)

Satanás, con torpe ardid,
pretende en el pueblo ibero
la doctrina de Lutero...

EMPER. Sé, padre... (Se extremece; dominándose, dice irónicamente;)

RELIG. En Valladolid...

EMPER. El rey por España vela,

(Con marcada ironía, dominando su impaciencia.)

y Dios alumbra su juicio. (Viendo que no se marcha.)

Cuando termine el oficio,

enviádme una candela,

que voy también al entierro.

RELIG. Quedad con Dios. (Vanse.)

EMPER. Él aumente

(Siguiéndoles con la vista hasta que salen del teatro.)

vuestros días. (Como libertando su corazón de un grave peso, y con creciente cólera:)

Este ambiente
me asfixia... ¡No más encierro!

ESCENA IV.

EL EMPERADOR.—EL MARQUÉS.

MARQ. ¿Sabeis... (Viendo la alteración de S. M.)

EMPER. ¿Qué... diste con él? (Con asombro.)

MARQ. Las gentes de la comarca
llegan al templo, en tropel,
y traspasan el cancel
clamando por su monarca.

EMPER. ¿Su monarca? (Con febril alegría.)

MARQ. Es la verdad.

Dicen que su magestad
sus funerales dispone,
y que asistir se propone...

EMPER. Agradezco esa lealtad.

(Tomando la mano del Marqués, le dice con fuego.)

Si, hastiado del mundo vano,
de mi cetro soberano

pude un punto prescindir,
vuelva ese cetro á mi mano,
porque reinar es vivir.

MARQ. Dejad la mundana gloria,
y entre ella y vuestra memoria
interponed un abismo,
porque es la mayor victoria
la de vencerse á sí mismo.
Si volviérais al dosel
que abandonásteis prudente,
hallaríais siempre en él
alfombrando su escabel,
enroscada una serpiente.

EMPER. ¡Felipe?...

MARQ. Nada os asombre:
dispondrá mil regocijos,
ensalzará vuestro nombre...
pero siempre quiere el hombre
mas que á su padre, á sus hijos.

(Quédase el Emperador como abrumado bajo el peso de un desengaño: el Marqués le dice con dulce acento:)
Ley natural.

EMPER. (Con ira.) ¡Qué dijiste?

MARQ. Que en vano el hombre resiste
á una ley por Dios dictada.

EMPER. Todo mi saber consiste (Con desaliento.)
en saber que no sé nada!!!

MARQ. Quien al mundo baladí
sabe, señor, desdeñar,
ese, triunfando de sí,
puede exclamar: «Reino aquí;
»servir á Dios es reinar.»—
(Viendo que el Emperador se conmueve.)

¡Ah! recobrad la confianza
de vuestra perdida fé,
y volverá la esperanza
a su dulce bienandanza
á daros la paz.

EMPER. Lo sé:

Quiero vencerme, y el viento
miente en mi oído el acento
que lanza el clarín rotundo,
y vuela mi pensamiento
á los combates del mundo.
Oigo que con saña ruge
negro el mar de las pasiones,
y á su tremebundo empuje
la tierra entreabierta, cruje
devorando las naciones.

MARQ. La generacion actual,
rompiendo con lo pasado,
no puede curar su mal;
y es inútil ya un puntal
si el techo se ha desplomado.

EMPER. ¡No hay remedio? (con vivo interés y asombro.)

MARQ. (Después de una breve pausa y con marcada intención.)

Preguntaba
un sábio á la muchedumbre:

«¿Esto, sana?» y le mostraba
cierta manzana, que estaba
cubierta de podredumbre.

Gritóle el concurso.—«¡No!»

el sábio entonces rompió
la fruta, y de las celdillas
extrayendo las semillas,
intactas las enseñó.

EMPER. (Ofendido de la ironía y con fierza.)

Pues sembraré sobre ruinas

MARQ. Cuando á pasiones mezquinas (con ironía.)

el monarca se abandona,
suelen cuajarse de espinas
las flores de su corona.

(Arrepintiéndose de haber dicho demasiado.)

Señor, señor, perdonad
si ofende á su magestad
mi franca y noble opinion.

EMPER. Alzad, buen Marqués, alzad.

MARQ. Detesto la adulacion.

EMPER. «Lealtad quita pecado,»
dice Alfonso en sábia ley;
«porque el español honrado
es más que hombre» y siempre ha dado
ejemplo á su mismo rey.
(Después de un momento de meditacion, y recordando la soberbia que le inspira el que contrarian su opinion.)
¿Cómo prescindir...

MARQ. (Enérgicamente.) Domando
con ardiente voluntad
aquese orgullo nefando:
diciéndoos á vos: «¡Lo mando!»
y obedeciendo.

(El Emperador se vuelve hácia el Marqués con marcadas muestras de enojo, á tiempo que se presenta don Juan; permaneciendo inmóvil y arrogante en el fondo de la escena: el Marqués dice con énfasis:)

¡Mirad!

(El Emperador se estremee, y por una reaccion propia de los caracteres irascibles, pero impresionables y generosos, cambia instantáneamente de fisonomía, y sin hablar, pero con sumo carino, indica que desea quedar á solas con don Juan: el Marqués dice:)

MARQ. ¡Bien, señor! he comprendido;
mas nunca deis al olvido;
que si en la noble Castilla
la manzana se ha podrido,
intacta está la semilla.

ESCENA V.

EL EMPERADOR.—DON JUAN.

(En toda esta escena, don Juan aparece en la plenitud de su carácter impetuoso, ardiente, apasionado de una idea favorita, la posesion del objeto amado. Don Juan representa, como en su carácter se ve, al joven tipo de la nueva doctrina revolucionaria, según lo demostrará cuando cree que puede hacerse justicia por su mano. El monarca, irascible, sagaz, se domina, según el partido que le conviene sacar de las circunstancias; se asombra y reprime sucesivamente, y cuando vé que la regia magestad no inspira respeto á su interlocutor, dá rienda suelta á su iracundo genio.)

EMPER. Acércate, doncel, que hablarte quiero.
Revelas en tu noble continente

el alma de un ilustre caballero.

Te acredita esa banda de valiente.

¿Amas la gloria?

D. JUAN. (Con vivo interés.) Al apuntarme el bozo,
calcé la espuela, me vesti las mallas,
y extasiado de insólito alborozo
seguí vuestro pendon á las batallas.
Sin amigos, sin padres...

EMPER. ; Sin amigos!

D. JUAN. No los tiene, señor, quien nada vale:
el mundo es un infierno de enemigos
donde vence el peor que sobresale.
Del hombre que es honrado y generoso,
dicen que el cielo con paciencia gana;
pero el hijo de Adán es veleidoso
y dura de seguir la ley cristiana.

EMPER. Pero tú, buen cristiano y caballero,
tendrás una ambición...

D. JUAN. La tuve un día.

EMPER. Mas... (Con ansiedad.)

D. JUAN. Todo es vanidad.

EMPER. ¿Y quieres...

D. JUAN. Quiero

despreciar tanta ruin hipocresía.—

Desde que vi la iniquidad sentada,

hollando el tribunal de la justicia,

reinando la mentira y prosternada

á sus pies la verdad, de la malicia

de los hombres maldije.—Ya que el mundo

opprime á la virtud y la escarnece;

ya que en su torpe tribunal inmundo

el débil tiembla y el soberbio crece

en honor y poder, porque es temido,

yo quiero un Juez que en mi conciencia lea,

y detesto ese mundo corrompido

y le dejo entregado á su pelea.

Espero solo en Dios, y solo ansío

el dulce bien que la virtud concilia,

huyendo del mundano poderío

entregado al amor de mi familia.

EMPER. ¡Tu familia?

D. JUAN. Es así; mi amante esposa...

EMPER. Imposible, don Juan, es imposible.

D. JUAN. ¡Imposible! ¿Por qué?

EMPER. (Confuso.) Porque otra cosa
dispone Dios.

D. JUAN. Señor, es insufrible
esta duda fatal.

EMPER. (Después de alguna vacilación y con interés y misterio.)

¿Sabes quién eres?

D. JUAN. Un huérfano infeliz ante los hombres:

pero yo, que desprecio sus placeres,

su mentido oropel, y tantos nombres...

ruido de voces, con que el mundo adora

al ídolo falaz de la mentira,

yo sé bien que ante el ser que me enamora

digno soy del amor que amor le inspira:

y esta dicha sin fin no la cambiara

por la púrpura misma, que no cuesta

ni lágrimas ni sangre, ni es tan cara

que, dándola Satán, él la detesta.

ESTREL. ¡Don Juan! (Reconviniéndole.)

D. JUAN. (Con brio.) ¡Señor!

EMPER. (Dominándose.) En tus palabras noto
amargura y desden y desencanto. (Pausa.)

¿Qué tienes? Dí... (Con sumo interés.)

D. JUAN. Que desde niño ha roto

la experiencia del mal el dulce encanto

de la edad juvenil; que el mundo necio

me miró con desden por mi pobreza,

y hoy le pago á mi vez con mi desprecio

y le escupo á la frente con fiereza.

(Momento de calma; asombro del Emperador.)

Le hablasteis de victorias á la España,

y al ronco retumbar de los cañones,

llevaron donde quier su heroica saña

con garra furibunda los leones.

Mi rey era mi Dios. Mas llega un día

en que, rota la venda de mis ojos,
palpo la realidad; sangre corría
á torrentes! Miré de sangre rojos
las ciudades, los campos, y do quiera
los pueblos, á su rey sirviendo fieles,
alzaban con denuedo su bandera,
salpicaban de sangre sus laureles.
La miseria, y el hambre, hasta la muerte
con gozo heroico el español sufría,
en tanto ¡vive Dios! que, turba inerte
de parásitos viles os seguía;
famélicos y torpes cortesanos,
de pueblos y palacios ruin polilla,
y que hoy os abandonan inhumanos
y ante otro doblan la servil rodilla.

EMPER. ¡Insensato! ¡Insensato!

D. JUAN. Si hay alguna
víbora cortesana que pretende,
codiciosa de miedo y de fortuna,
robarme el bien de que bien depende,
¡Vive Cristo! decílo...

EMPER. ¡Miserable!

¡Yo, dí, sin voluntad, esclavo inmundo
de palaciegos! (Con autoridad.) Dí.

D. JUAN. (Con serenidad.) Cisneros hable,
y hable Cortés conquistador de un mundo.

EMPER. ¿Quién te inspira? ¡infeliz!

D. JUAN. Soy Lutherano.

EMPER. ¡Luterano! ¡(Él tambien!)

D. JUAN. No subordinó

mi razon á los pies del soberano
que ser pretenda, como Dios, divino.

EMPER. ¡Dios de Dios! ¡Más tormento! ¿Me faltaba
esta prueba sufrir? (Quédase como abismado.)

(Saliendo de su estupor.) No, ¡vive el cielo!

¡Ah! ¡Rebelde, procaz! Mi ofensa lava
doblando la rodilla...

(D. Juan cruza los brazos.)

(Con autoridad.) Rinde al suelo

esa frente soberbia. (D. Juan sigue impassible.)

(En el colmo de furor.) ¡Mal vasallo!

¡Indigno de esta insignia!

(La arranca la banda; al acercarse el Emperador, toma don Juan otra actitud, de modo que sus brazos no estorben para la acción del monarca.)

D. JUAN. ¡Virgen santa!

(Al prorrumpir en esta exclamación, tira de la espada, y va, ciego de cólera, a lanzarse sobre el Emperador, quien recobrando su magestad le dice:)

EMPER. ¡Regicida!!!

(Presentase rápidamente don Luis Quijada, seguido de un alcalde y alguaciles que vienen en traje de camino y permanecen al fondo. Don Luis se interpone entre el Emperador y don Juan.)

D. JUAN. ¡Señor! (Quédase inmóvil ante don Luis.)

D. LUIS. (Dominando la situación, presenta a don Juan su pecho invitándole a que hiera; don Juan se horroriza, arroja inmediatamente la espada, quiere hablar, pero don Luis, pretendiendo ahogar la palabra en sus labios, le dice con voz sorda:)

Silencio...

D. JUAN. (Sumiso.) Callo...

D. LUIS. De rodillas...

D. JUAN. (Humildemente.) Señor...

D. LUIS. (Satisfecho de la sumisión, tomando violentamente de la mano a don Juan y lanzándole a los pies del monarca, le dice con autoridad, al mismo tiempo que en tono de inspirarle la idea de lo que ha de hacer.)

Ante su planta.

(Toda esta escena es muy rápida; don Juan obedece como un autómata; el Emperador, cruzado de brazos, queda inmóvil; momento de silencio. Don Luis en actitud reverente, y a cierta distancia, demuestra su profunda angustia, e inquiere con su mirada si el Emperador está satisfecho del triunfo que acaba de obtener sobre su contendiente.)

ESCENA VI.

EL EMPERADOR.—DON JUAN.—DON LUIS.—ALCALDE.—AL
GUACILES.

EMPER. (Apartándose un poco de don Juan y con furor reconcentrado, al paso que con terror.)

¿Y de mi sangre ha nacido?

Vibora, te aplastaré,

y el corazón me abriré

si tienes en él tu nido. (De repente y con régia magestad.)

¡Alcalde! de este traidor

tu cabeza me responde.

Llévale al instante. (D. Juan se incorpora sereno y digno.)

D. LUIS. (Asombrado.)

¿A dónde?

EMPER. A una mazmorra.

(Avanza D. Juan hacia el alcalde que también se adelanta.)

D. LUIS. (Suplicante.)

Señor...

EMPER. Llévale. (Al alcalde.)

D. LUIS. (Insistiendo.) Escuchad...

EMPER.

Que muera.

(Don Luis contempla un momento á don Juan, corre hacia él, don Juan le recibe gozoso, vá á abrazarle, se arrepiente, el alcalde está indeciso, el Emperador dice:)

A Valladolid con él.

D. LUIS. (Separándose del lado de D. Juan.)

Atendedme. N. (Suplicante.)

EMPER. (Impasible.) Y por infiel...

sirva de pasto á una hoguera.

D. LUIS. Una palabra...

EMPER. (Desbaciándose de D. Luis.) ¡Partid!

D. LUIS. Perdonad su desvario. (De rodillas.)

EMPER. ¡Aunque fuera un hijo mío! (Inflexible.)

¡Alcalde, á Valladolid!

(D. Luis contempla un momento al Emperador; otro momento á don Juan, y ambos, profundamente conmovidos, se abrazan, separándose á la presencia de los alguaciles que se flexan á D. Juan; todo con suma rapidéz.)

ESCENA VII.

EL EMPERADOR.—DON LUIS.

EMPER. (Después de un momento de silencio, y con furor reconcentrado.)

Muera, muera.—Aunque taladre
con duro dardo mi pecho,
bien hecho ha de estar lo hecho.
Lamentaré como padre
su muerte; me hará pedazos
su desdicha el corazón!
mas tengo resolución
para llevarle en mis brazos
al suplicio.

D. LUIS. ¿Qué decís?

EMPER. Sabre devorar mi pena:
mas estudia en esta escena
la marcha del siglo, Luis.
Empapado en la doctrina
que Lutero ha difundido,
cuando se juzga ofendido
de su señor, le asesina. (Con brio.)
Pues ese principio espere
que el antiguo le rechace...
Juan representa al que nace,
y tú, buen Luis, al que muere.

(Este verso lo dice conmovido, tomando la mano de D. Luis.)

D. LUIS. ¿Que muere?

EMPER. Y á pesadumbres
habrán de morir los reyes
que reformaren las leyes
sin reformar las costumbres.
Gasté, Luis, mi juventud
desoyendo esta verdad,
porque es la prosperidad
madrastra de la virtud.

(Como persistiendo en una idea que le acosa tenazmente.)

Que muera. (Hace que se va.)

D. LUIS. ¿Sabeis quién es?

EMPER. (Deteniéndose, despues de un breve instante, y con amargura, mezcla-
da de profunda angustia.)

Sí, por desdicha.

D. LUIS. (Suplicante.) Señor...

(Inego mudando de tono y queriendo revelar algo importante, dice con
indecision:)

Sabed...

EMPER. (Violentamente.) Nada.

D. LUIS. Por favor...

EMPER. Y si naciera despues (Con vehemencia.) cien
cien veces, las cien le diera
la muerte; y para escarmiento
de herejes, fuera las ciento
á contemplarle en la hoguera.

D. LUIS. Mas dejadme que os explique...

(Rasgo de indignacion del Emperador. D. Luis continua diciendole honra-
mente conmovido.)

A vuestra bondad me acójo.

EMPER. En vano, Luis, de mi enojo
salta en pedazos el dique.

¿Cómo puede imaginar
que diera ser á un réptil

el águila que gentil

se puede al sol remontar! (Pausa.)

¡Yo! con este pensamiento

en vivo fuego encendido,

he de vivir, reducido

á la estrechez de un convento?

No daré paz á la mano,

al cuerpo calma ni abrigo,

mientras quede un enemigo

del santo nombre cristiano.

D. LUIS. Mirad, señor... (Tratando de disuadirle.)

EMPER. Basta, pues,

de calma y de monasterio,

y del mundo el vasto imperio

doble la frente á mis piés.

(Vuelve la espalda á don Luis, anda como para salir de la escena, pero

al apoyarse en la mesa le dice:)

D. LUIS. ¡Vuestros piés!

(El Emperador se irrita; preséntase frente á frente á D. Luis, y este añade:)

¡Os abandona
de la gota la fiera?

EMPER. Se manda... con la cabeza. (Con ira.)

(Después de brevísima pausa, lanzando á D. Luis una mirada de indignación y volviéndole el rostro al terminar el verso.)

Aun puedo con la corona.

(Anda con dificultad, pero con la energía de una voluntad indomable que vence las dificultades á fuerza de empeño en superarlas.)

ESCENA VIII.

DON LUIS.—EL MARQUÉS..

(D. Luis de frente para el público, queda como aplanado bajo el peso de las palabras del monarca, y abstraído, no vé al Marqués, quien entrando por el fondo al salir el Emperador del teatro; llega á la mesa, toma asiento, escribe, á tiempo que, empezando á oscurecer, entra un criado con un candelabro con luces, que coloca en la mesa. Mientras habla D. Luis, el Marqués escribe, y se le vé derretir el lacre á la luz, untar el calce del papel, y aplicarle el sello de un anillo.)

D. LUIS. ¿Merezco este trato extraño?

¡Así paga mi lealtad!...

¿Prueban así su amistad

los reyes! ¡Qué desengaño!

Hoy, hoy mismo, Emperador,

dará tu casa al olvido,

quien pudiendo ser servido

no quiere ser servidor.

MARQ. Los alguaciles y alcalde (Bajando al proscenio.)
que con vos vinieron...

D. LUIS. (Ansioso.)

Si...

MARQ. Van á llevarle.

D. LUIS. ¡Ay de mí!

corto á verles... (Decidido.)

MARQ.

Es en balde.

Nada esperéis,

D. LUIS. (Con extrañeza.) ¿Nada?

MARQ.

Nada.

El poder municipal
enmudece ante el real
dominado por la espada.

Mirad... (Enseñándole el papel que escribió.)

D. LUIS. ¡Cómo! ¡Marqués! (Sorprendiéndose de lo que lee para sí.)

MARQ.

(Recibiendo el papel, y volviéndose á entregar á su interlocutor.) Id.

(En este momento se presenta Estrella, D. Luis corre á su encuentro en actitud de mostrarle el papel.)

D. LUIS. ¡Estrella! (Con júbilo.)

MARQ.

¡Callad! (Interponiéndose rápidamente.)

ESTREL. (Como pretendiendo decir al Marqués algo importante.) Marqués...

D. LUIS. Una palabra. (Pugnando por hablar á la joven.)

MARQ.

Después.

D. LUIS. Pero explicadme... (Insistiendo.)

MARQ.

Partid.

(Ante la resuelta actitud del Marqués, D. Luis sale precipitadamente de la escena, yéndose por el fondo izquierda.)

ESCENA IX.

EL MARQUÉS.—ESTRELLA.

MARQ. Estais demudada, fria,
temblorosa...

ESTREL.

Sí, de horror.

MARQ.

¿Qué pasa?

ESTREL.

El Emperador
colérico, desvaria.

MARQ.

¡Desvaría!

EMPER.

Hablarle quiero,
y, con soberbio ademán,
—»A crucificarle van,
por tí, por tí, vil Lutero!!»
dice gritando.

MARQ.

¿Sí?

ESTREL.

Lanza

un «¡ay!» tremendo, que aterra,
y exclama despues: «La tierra
temblará con mi venganza!»—
Días ha, se debilita
con fuertes maceraciones,
hace largas oraciones,
con facilidad se irrita,
no se alimenta, Marqués,
ayuna...

MARQ. ¿Sí?

ESTREL. Con frecuencia

le falta la resistencia
y se desmaya... ¡Ay! ¡él es!

(Dice el final del verso mirando para adentro, horrorizada, y refugiándose en el seno de su interlocutor.)

MARQ. ¿Dónde?...

ESTREL. ¡Ved!

MARQ. ¡Oh!

ESTREL. ¡Qué semblante!

MARQ. Dejádme solo un momento.

ESTREL. No, Marqués, no lo consiento.

MARQ. Os lo suplico.—Un instante. (Estrella vacila, cede y vase.)

ESCENA X.

EL EMPERADOR.—EL MARQUÉS.

EMPER. (Tomando rápidamente una mano de su interlocutor, llevándole á la puerta por donde ha salido al teatro, y diciéndole con imperio:)

Ven acá.—¿Ves mi aposento?

Pues entra y vuelve al momento.

(El Marqués obedece: el Emperador recorre con la vista la escena; está preocupado de una idea terrible. Luego dice al Marqués, con ansia:)

¿Qué viste que así te asombra?

(Llevándose, con febril impaciente curiosidad, al centro de la escena.)

MARQ. Nada. (Naturalmente.)

EMPER. ¡Nada! ¿Con que miento?

MARQ. Vos, señor... (con perplejidad.)

EMPER.

¿Viste la sombra
que me persigue?

MARQ.

¡Ilusion!

EMPER.

¡Ilusion! La he visto andar
en torno la habitacion;

sentí su respiracion,
y hasta la llegué á tocar.

Entonces, la luz tranquila
de mi lámpara radiosa

chisporrotea, vacila,

y rápida se aniquila

muriendo la mariposa.

Lanzan fuego mis miradas,

se alumbra la oscuridad,

y brotan... mieses doradas

que espigas tienen granadas
con rara fecundidad...

Ponzoño: o ambiente aspiro;

me acerco á la miés, y miro
sangre caliente, que brota

de cada grano, ¡ una gota!

de cada gota ¡ un suspiro!

Escucho llantos, clamores,

de tanta sangre me asombro,

y veo... que entre traidores

pasa el « Hombre de dolores »

llevando la cruz al hombro.

Me aterro: mi fantasía

me presenta la heregía

triunfando de mi desden;

me insulta, me desafia,

quiero aplastarle la sien...

¡ Ah!... sus sectarios menguados

se mofan al verme inútil,

y me arrojan, destrozados,

los restos ensangrentados

de la túnica inconsútil.

Los ojos cierro: mas fiero,

tremendo fantasma asoma

sarcástico, infame, artero...

¿Sabes quién era?—¡Lutero!

Me puso delante... ¡á Roma!

Mis soldados ¡foragidos!

cada cual pide un tesoro,

cubren el suelo de heridos,

y apilan enfurecidos

en sangre bañado el oro!

(Dobra la fuerza de su desvario, y señala como si viera los objetos del cuadro que describe.)

¡Mira! Con feroz malicia

púrpura cardenalicia

viste uno, y, con mano ávara,

sordo á Dios y á su justicia,

¡el otro roba la tiara...!

¡Herejes! Van á brindar,

inspirados del demonio,

y en el copón á libar

parodiando á Baltasar

en el festin babilonio.

(Creciendo su espanto, y como si se encontrara al frente de sus huestes.)

¡Caballeros castellanos!

¡Santiago y España! Impío!

para tus tigres hircanos, (Como si hablara con un espectro.)

tiene huestes de cristianos

mi noble Castilla. Rio,

(Después de una pausa lanza una carcajada histérica.)

porque ya sabrá tu grey

de monarcas, que olvidar

supo de Jesús la ley,

que no tiene trono el rey

donde Dios no tiene altar.

(Quiere salir de la escena resueltamente; el Marqués, que le ha estado contemplando con profunda ansiedad y pena, le detiene solícito.)

MARQ. Atended... (En tono de súplica.)

EMPER. (Como hablando con el espectro.) ¡Venga mi acero!

¡Ah! ¡vil! en tu corazón

hartarme de sangre quiero.

(En este instante penetran en la escena D. Juan, D. Luis y el alcalde.

D. Juan se acerca al Emperador á tiempo que este dice:)

¡Sombra infernal! (ve á don Juan se detiene un rápido instante y exclama:)

¡Oh!!!

(Volviéndose para el Marqués, grita, señalando á D. Juan:)

¡Lutero!

D. JUAN. ¡Perdon!

EMPER. (Horrorizado.) ¡Justo Dios!

D. JUAN. (De rodillas.)

Perdon.

ESCENA ULTIMA.

EL EMPERADOR.—EL MARQUÉS.—DON JUAN.—DON LUIS.

UN ALCALDE.

(Al volver el monarca el rostro, encuentra á D. Juan á sus plantas: la duda, el asombro y la cólera, producen una reaccion favorable en su razon, de modo que parece que vuelve á su estado normal. Téngase entendido que el Emperador no enloquece, sino que el ayuno frecuente le debilita, y muestra que su conciencia lastimada por pasados extravíos, le acosa y le hace temblar por la incertidumbre de un porvenir terrible para su alma, cuando al presente cree que los males que el mundo lamenta son hijos de su conducta pasada con Lutero y sus secuaces.)

EMPER. ¡Tú en libertad! ¡Regicida!

(D. Luis estará en segundo término expresando con sus miradas la angustia de quien espera un fallo tan tremendo como incierto. Al exclamar el Emperador «tú en libertad!» el alcalde y D. Luis se miran con asombro; entonces el alcalde se adelanta á la presencia del soberano, y doblando la rodilla le presenta un papel que toma su magestad. Mientras el alcalde se retira á respetuosa distancia, el Marqués se acerca más al Emperador, y este dice:)

¡Mi sello!

MARQ. (Presentando el anillo.) Le puse yo.

Tomad, señor. (En actitud reverente.)

EMPER. (Reconociendo su anillo, tirando el papel, levantando violentamente á D. Juan, y en el colmo de su furor.)

¡No; no, no!

yo necesito su vida.

(Don Juan se desvia hácia el segundo término.)

MARQ. A vuestra palabra apelo... (Suplicante.)

EMPER. ¡A mi palabra? (Con duda.)

(Con remordimiento.) ¡Es verdad!

(Cambiano de tono y como inspirado.)

No alcanza la autoridad

de los monarcas; al cielo.

(Siempre febricitante, se acerca al sitial, maquinalmente.)

Siendo de Dios enemigo,

solo Él perdonarle puede;

Él me manda que no quede

el criminal sin castigo.

La mentira y la codicia

y la traicion y la fuerza,

reinarán, donde el rey, tuerza

la vara de su justicia.

Sirva al pueblo de escarmiento.

(Cejando lentamente para el sitial, cada vez que exclame «¡ay!» será en tono de sentir un dolor en el corazon, el cual se sugeta con ambas manos; y las retira del pecho cuando, de espaldas, a tientas, busca algo en que apoyarse.)

¡Ay! ¡lejos de mí! que muera...

¡Ay! dé su cuerpo á la hoguera...

y... sus cenizas... al viento.

(Encuentra el sitial y se recuesta contra él y la mesa: de repente, dando un paso, exclama:)

Mas... ¡mi palabra! ¡Qué horror!

¡Faltar un rey! (Momento de silencio.)

(Oyese en el templo la música de las exequias que se celebran por el alma del monje, de que se tiene hablado en los actos anteriores. Cuando el Emperador dice: «Faltar un rey!» sonrojado, se cubre el rostro con las manos. En este momento de silencio se oye una voz lejano, que canta: «Beati mortui qui in domino moriuntur.» y verificándose en él una reaccion que crece, segun lo indica la situacion, se acerca á don Luis y le dice:)

Han cantado...

¿Oyes? «¡Bienaventurado el que muere en el Señor!»

(Sigue el canto lejano, aproximándose cuando la situacion lo exija.)

Aparta, sombra tenaz,

déjame, déjame en calma,
que conquistar pueda el alma
del cielo la santa paz...

(Después de un breve momento de reflexion, dice horrorizado:)

¡A mi hijo! No, no quiero...

(Anda como para mandar que se suspenda la ejecución de sus órdenes, se arrepiente, y dice:)

Mas sí, sí, que ante la ley
debe siempre ser el rey
el que obedezca primero.

D. LUIS. Señor... señor...! (Bañado en llanto.)

EMPER. (Tomándole de la mano y diciéndole con energía)

Que se asombre
el mundo ante tal castigo!

(Después de un momento de silencio y abrazando á D. Luis.)

Mas... pueda llorarle, amigo,
porque, al fin, tambien soy hombre.

D. LUIS. No, no es hijo vuestro. (Con vivísimo interés.)

EMPER. (Como recordando de un sueño terrible.) ¡No?

D. LUIS. Juan de Austria, señor, se cria

feliz en Villagarcía.

EMPER. ¡Pero ese joven... (Cada vez más asombrado.)

D. LUIS. Debió

la vida á mi caridad,

y es valiente y es honrado...

¡Sobre todo, es desgraciado!

Piedad para, él piedad!

EMPER. (Tomando la mano de D. Luis, y con tono de quien inquiere un secreto.)

¡Y mi hijo, el de Austria?

D. LUIS. Crece

gallardo, noble, lozano...

(Momento de silencio: el Emperador se conmueve: D. Luis, fuertemente agitado, dice:)*

Perdonadle...

EMPER. (Con horror.) ¡Un Luterano!

(Luego, contemplando á don Luis con disgusto, añade:)

¡Y tú?... No... no lo merece.

(Oyese distintamente el canto lúgubre, y el clamor de las campanas,

como si estuviera próximo á salir á la escena el fúnebre acompañamiento. Estrella, bañada en llanto, entra por la izquierda, y cayendo de rodillas á las plantas de su magestad, le dice con énfasis:)

ESTREL. Doleos de mi abandono,
¡por la pasión del Señor!

(El Emperador, anonadado, luchando consigo mismo, se conmueve, duda un momento, y contemplando á Estrella, exclama:)

EMPER. Dí mi palabra de honor...

(Fuertemente agitado y como temiendo que puedan cumplirse sus órdenes relativas á D. Juan.)

¡Le perdono... le perdono!

MARQ. (Con fuego y acercándose al Emperador.)
Sois grande entre los más grandes.

EMPER. ¡Ah! todo es polvo, Marqués.

D. JUAN. Dadme á besar vuestros pies. (Al Emperador.)
Voy á partir.

ESTREL. ¡Dónde?

D. JUAN. A Flandes.

Para merecer la gloria (A Estrella.)
de mi perdón y tu mano,
de español y de cristiano
pruebas daré en la victoria.

EMPER. Vamos del féretro en pos...
Tronos, pompas, magestades...
vanidad de vanidades,
polvo y miseria ante Dios!

(Cuando el Emperador dice: «todo es polvo!» dirigiéndose al Marqués, se deja caer en el sitial: Estrella cae de rodillas, y al compás de la música, del canto del «Miserere» y del clamor de las campanas, que doblan á muerto, baja el telón.)

FIN.

Aprobado por la censura.



Achaques de siglo actual.
 Un Hidalgo aragones.
 Un Verdadero hombre de bien.
 La Esclava de su galán.
 Pecado y expiación.
 ¡Fortuna te dé Dios, hijo!
 No se venga quien bien ama.
 La Estudiantina.
 La Escala de la Fortuna.
 Amor con amor se paga.
 Capas y sombreros.
 Ardides dobles de amor.
 El Buen Santiago.
 ¡Ya es tarde!
 Un cuarto con dos alcobas.
 ¡Lo que es el mundo!
 Todo se queda en casa.
 Desde Toledo á Madrid.
 El Rey de los Primos.
 La Caverna invisible.
 Quien bien te quiera te hará honor.
 Marica-enreda.
 Flaquezas y Desengaños.
 La Amistad ó las tres épocas.
 El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
 La luna de miel.
 Un Ente como hay muchos.
 Cornelio Nepote.
 Los Pretendientes del día.
 Los dos amores.
 Deudas del alma.
 Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
 Las diez de la noche.
 El Congreso de Jitanos.
 El Preceptor y su mujer.
 La Ley Sállica.
 Un Casamiento por hambre.
 Antes que todo el honor.
 ¡Un Divorcio!
 La Hija del misterio.
 Las Cucas.
 Gerónimo el albañil.
 María y Felipe.

EN UN ACTO.

De fuera vendrá....
 Juan el Tornero.
 La doctora en travesuras.
 Un milagro del misterio.
 La Mula de mi doctor.
 A los pies de V., señora.
 Remedio para una quiebra.
 El sistema de Felipa.
 El sistema de Felipe.
 La mujer de dos maridos.
 Ladron y Verdugo.
 La astucia rompe cerrojos.
 Un viaje alrededor de mi mujer.
 Un viaje alrededor de mi marido.
 El marido universal.
 Un Sentenciado á muerte.
 No se hizo la miel....
 Los Preciosos ridiculos.
 Lo que al negro del sermon.
 La Union carlo-polaca.
 Pepiya la aguardentera.
 ¡¡Ingleses!!
 Un Fusil del Dos de mayo.
 Cuerdos y locos.
 Pst., Pst.
 Entre Scila y Caribdis.
 Al que no quiere caldo.
 La Piel del Diablo.
 Si buenas insulas me dan...
 El Perro rabioso.
 De qué?
 La Herencia de mi tia.
 La Capa de Josef.
 Ali Ben-Salé-Abul-Tarif.
 Los Apuros de un Guindilla.
 El Sacristan del Escorial.
 El Sol de la libertad, loca.
 Amarse y aborrecerse.
 Trece á la mesa.
 Dos Casamientos ocultos.
 Cinco pies y tres pulgadas.
 A la Corte á pretender.
 Con el santo y la limosna.
 De Potencia á potencia.
 Las Avispas.
 El Aguador y el Misántropo.
 Acertar por carambola.
 El Rey por fuerza.
 Las Obras de Quevedo.
 Un Protector del bello sexo.
 No siempre lo bueno es bueno.
 Huyendo del peregril.
 El Chal verde.

El don del cielo.
 La Esperanza de la Patria, loca.
 Alza y baja.
 Cero y van dos.
 Por poderes.
 Una Apuesta.
 ¿Cuál de los tres es el tío?
 La Eleccion de un diputado.
 La Banda de capitán.
 Por un loro!
 Simon Terranova.
 Las dos carteras.
 Malas tentaciones.
 Dos en uno.
 No hay que tentar al Diablo.
 Una Ensalada de pollos.
 Una Actriz.
 Dos á dos.
 El Tio Zaratán.
 Los Tres ramilletes.
 El Corazon de un bandido.
 Treinta dias despues.
 Cenar á tambor batiente.
 Las Jorobas.
 Los Dos amigos y el dote.
 Los Dos compadres.
 No mas secreto.
 Manolito Gazquez.
 Percances de un apellido.
 Clases pasivas.
 Infantes improvisados.
 Por amor y por dinero.
 Estrupicios por amor.
 Mi Media naranja.
 Un Ente singular!
 Juan el Perdidio.
 De casta le viene al galgo.
 ¡No hay felicidad completa!
 El Vizconde Bartolo.
 Otro Perro del hortelano.
 No hay chanzas con el amor.
 ¡Un bofetón.... y soy dichosa!
 El Premio de la virtud.
 Sombra, fantasma y muger.
 Cuerpo y sombra.
 Un Angel tutelar.
 El Turron de Noche-buena.
 La Casa deshabitada.
 Un Contrabando.
 El Retratista.
 Un Año en quince minutos.
 ¡Un Cabello!
 Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Hayd   el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegiales y soldados.

Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir    una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
  Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.

El Sacristan de San Lorenzo
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alfonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano
y canto.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la ESPAÑA DRAMÁTICA , se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares    la Direccion , que lleguen    200 rs., se hace la rebaja de 20 por 100.

El Círculo LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Lope de Vega, núm. 26.